



Nuestros ángeles

Farsa en tres actos

Joaquín Calvo-Sotelo

A José María Pemán, con la admiración y el afecto de EL AUTOR

Declaración

En «NUESTROS ÁNGELES» he querido iluminar, con tinta simpática, una parte de la teológica y misteriosa población que nos rodea. Cada una de nuestras acciones, sin mengua de la inmensa libertad que las distingue, recibe el doble y contrario soplo de un espíritu bueno y de un espíritu malo. Como el hombre es soberano dueño del sí y del no, ninguno de los dos puede imponer su voluntad con caracteres decisivos, pero sí influir la nuestra. En «NUESTROS ÁNGELES», tanto ellos como aquel a quien se hace referencia con el nombre de *El Maligno*, presionan, limitadamente, el albedrío de mis personajes para alzarse con la victoria. He querido dar a ese eterno y mortal combate plasticidad, a lo largo de una sola anécdota, que en la farsa cobra su debido planteamiento y desenlace, y me he servido con tal motivo, más que del tono poético, del humorístico.

Picardías, intrascendentes burlas, alegres escapadas a lo grotesco..., de todo hay en «Nuestros ángeles». Para transmitir a esa masa borrosa y múltiple que es el público, lo que constituye el íntimo pensamiento de cada uno, se hace aconsejable el empleo de ciertos eficaces lubricantes. Perdón, si he colgado de un travieso semáforo graves noticias. Esto es como un Auto Sacramental sin ceño y sin drama. También sin filosofía. Pido que se me juzgue, no tanto por lo que he logrado como por lo que he pretendido.

«NUESTROS ÁNGELES» Se estrenó en Madrid la noche del Sábado de Gloria, 8 de abril de 1950, en el Teatro Benavente, con arreglo al siguiente

PERSONAJES

GRACIELA.

LUCÍA.

TÍA CLARA.

MATEA.

JAIME.

INSPECTOR.

DANIEL.

LUCAS.

PASCUAL.

△▽

Acto I

La escena representa la habitación principal del ático en que JAIME SAMANIEGO, arquitecto madrileño, no muy notorio, trabaja unas veces, duerme otras y vive, de vez en cuando, sus aventuras. Al foro, en el centro, hay una puerta que lleva a la de la calle por el lado derecho. En el fondo, izquierda, adosado a un gran ventanal, que deja ver los altos perfiles urbanos, corre, en semicírculo, un sofá. En su borde, izquierda, una pequeña mesita con un teléfono. En primer término, frente la una de la otra, se abren dos puertas: la de la derecha conduce al comedor; la de la izquierda al pequeño taller donde JAIME, hace sus proyectos arquitectónicos, a la cocina y al cuarto de servicio. La escena propiamente dicha, que de modo esencial nos interesa, se halla decorada sin lujo, pero con un exquisito gusto. La acción exige muy limitados enseres. Un diván, paralelo a las candilejas, de frente; al, público, y dos cómodas, la una frente a la otra. Y nada, más. Por el suelo, tirados, varios libros, un sombrero y una silla.

Se advierte que los términos derecha e izquierda siempre van referidos al espectador y no al actor.

El INSPECTOR, DANIEL, LUCAS, LUCÍA y MATEA son ángeles. DANIEL y LUCAS llevan unos pantalones ajustados a la pierna, que enfundan botas de igual color, cerradas con cordones, en cuyo cuello asoma un ala. Sobre el pantalón una especie de chupa gris perla del mismo color que el pantalón, con botones en forma de estrella y un pecherín azulado. En las solapas unas alas doradas, a juego con las de las botas; en el brazo, como emblema, una alegoría estelar. Guantes grises. El INSPECTOR subraya su superior jerarquía con las insignias de la Osa Mayor, en el antebrazo y unos dorados

cordones de ayudante en la chupa.

LUCÍA y MATEA visten trajes de igual color, que recuerdan un tanto el de las azafatas de las líneas de aviación. Calzan zapatos dorados, de tacón bajo, y llevan al cuello una gasa azulada. Si hubiera dificultades para presentarse así, podrá optarse, bien por la túnica gris con cingulo blanco y sandalias, bien por el traje negro con alzacuello, a la manera de los pastores protestantes. En este último supuesto, LUCÍA Y MATEA vestirán falda y chaquetilla cruzada, negras. Al INSPECTOR, en cualquier caso, le distinguirá siempre un galón o una estrella, en señal de su rango.

En el momento de comenzar la acción, JAIME Samaniego descansa en el diván del primer término. Lleva abierto el cuello de la camisa y suelta la corbata. A su lado se encuentra DANIEL, su guardián.

DANIEL, de pie, vigila, amablemente, el sueño de JAIME.

DANIEL.- Amigo Jaime: no creo que sea esta ocasión oportuna para soñar. Son las cinco de la tarde. Ni siquiera es hora que convenga a la siesta. Sí, ya sé que te acostaste de madrugada. Pero ni eso lo justifica. Porque ninguna causa noble abona tanta anarquía. Jaime: examinemos los hechos. Decidido a olvidar tus penas, estuviste en ese cabaret, cuyo nombre extranjero aún no he aprendido a pronunciar, hasta las tres de la mañana. No continuaste porque la Dirección General de Seguridad se puso como una fiera y a ti y a tus amigos os cerró las puertas el local; que si no... Amanecía casi cuando volviste a casa. Eso sí: te levantaste a las doce y fuiste corregir las pruebas de la revista que diriges. Sospecho que Nueva Arquitectura saldrá en su próximo número llena de erratas terribles... Bien; el caso es que has regresado hace un rato, te has dejado caer aquí como un muerto, y que ahora deseas soñar y nada menos, que con Graciela... No me parece natural acceder a tu súplica, Jaime... Sería absurdo... e inmoral. No, te inspiraré pesadillas. Es lo único que te cuadra en tu estado.

JAIME.- ¡Graciela! ¡Graciela!... ¡Te suplico!: Por lo que más quieras... **(Violento.)** ¡No, eso no! ¡Te prohíbo!... ¡Con el Rey de Montenegro, no!

DANIEL.- (Serio, comprensivo.) Tú estás viendo a Graciela del brazo del Rey de Montenegro porque antes de dormirte cogiste el primer libro que te salió al paso y que era, justamente, una *Historia de los Balkanes*, y lo hojeaste unos segundos. Despreocúpate, Jaime, no seas niño. En Montenegro no hay rey...

JAIME.- ...¿No te avergüenza subir a su carroza? ,

DANIEL.- No sube, te lo garantizo... Ayer tomó delante de ti el autobús de O'Donnell. Ahora por asociación de ideas...

JAIME.- Haré la revolución. ¡Muera el Rey! Yo le destronaré.

DANIEL.- No es al rey sino a Pascual Sarabia, marido de Graciela, al que tú quieres destronar. Sueño de las cinco de la tarde, Jaime. Te levantarás cora mal sabor de boca, descontento de tu proceder. Espero que no vuelvas a ese cabaret de nombre tan difícil.

JAIME.- **(Entre sueños.)** Maxim's...

DANIEL.- Eso es, Maxim's.

JAIME.- Es, un antro, sí.

DANIEL.- Me lleves adonde me lleves, por lo que a mí concierne, da lo mismo. La topografía del bien y del mal es, puramente terrestre. El espíritu, y yo no soy sino eso, flota por encima, de tan desdeñables, pequeñeces.

JAIME.- Graciela...

DANIEL.- Ya vuelves a tu tema...

JAIME.- La quiero, la quiero...

DANIEL.- ¡Qué hemos de hacerle! Para, los ojos humanos Graciela tiene atractivos, seguramente. Primero, acaso, su belleza. Segundo, ¿cómo diríamos?, su misterio. Intriga: nadie sabe con precisión quién es, ni de dónde viene. Por añadidura, Jaime no te hace apenas caso; esos émbolos bastan para avivar cualquier pasión.

JAIME.- La quiero... ¡No subas a la Luna!

DANIEL.- Tranquilízate: no es a la Luna donde se va, sino a Pontevedra, que está un poco antes..., si bien no mucho.

JAIME.- La Luna...

DANIEL.- Bien, accedo: prácticamente, la Luna... **(Examina la habitación.)** Todo se encuentra en perfecto desorden. Jaime, como tu alma. ¡Ay, Jaime, Jaime...! ¡Cuánto desastre!

(Se queda un instante, contemplándole, desde el primer término izquierda. De improviso, en la puerta del foro, aparece el ángel

INSPECTOR. Aparenta algunos años más que DANIEL.)

INSPECTOR.- Soy el Inspector, Daniel.

DANIEL.- Os reconozco. Mandadme.

INSPECTOR.- Deseaba saber cómo marchan las cosas de su pupilo.

DANIEL.- No muy bien, Inspector.

INSPECTOR.- Le escucho.

DANIEL.- Mi pupilo pretende a Graciela Sarabia.

INSPECTOR.-. Ya.

DANIEL.- La conoció hace unos meses en casa de unos amigos y, desde entonces, la sigue incansablemente y parece decidido a llenar sus ocios, que son muchos, con esa sentimental preocupación.

INSPECTOR.- Sí...

DANIEL.- Por fortuna, hoy hará crisis. Graciela sale para Pontevedra dentro de unas horas y Jaime no puede pensar en trasladarse allí.

INSPECTOR.- Comprendido...

DANIEL.- Una temporada, de temporada de separación comienza entre ellos, y yo confío que de resultados favorables.

INSPECTOR.- ¿Nada grave hubo, hasta hoy, entre los dos?

DANIEL.- Nada. Graciela se ha dejado cortejar por Jaime. Ha recibido de su parte profusión de flores, de bombones y de libros de versos...

INSPECTOR.- Convendría haber impedido, al menos, este último envío.

DANIEL.- Sin duda alguna, mas no pude.

INSPECTOR.- Los libros de versos son las panoplias donde los seductores buscan las armas que les faltan. Nunca un hombre ha regalado un libro de versos a una mujer sino para usar al poeta de tercero. Por veinte pesetas, unos cuantos renglones cortos crean en el alma de la mujer un clima favorable y destilan en su corazón el temible veneno.

DANIEL.- Si hubiera estado en mi mano... Pero...

INSPECTOR.- Me doy cuenta, Daniel, me doy cuenta. Pues bien: necesario es que sepas que el veneno ha producido su efecto.

DANIEL.- ¿Cómo?

INSPECTOR.- Sí, Jaime -ya recordarás- atacó inicialmente con Rubén Darío y Rabindranath Tagore, Graciela resistió. Esos dos poetas son admirables, pero, acaso, no adecuados al fin perseguido. **(Pasa, por delante del diván, al primer término derecha.)** Siguió con, Juan Ramón Jiménez, y como Graciela no reaccionara a la medida de sus deseos, le remitió las *Poesías Completas* de José María Pemán.

DANIEL.- Estaba enterado. ¿Fueron esas las que le dieron el triunfo?

INSPECTOR.- No. Es Gustavo Adolfo Bécquer quien ha rendido la plaza.

DANIEL.- ¡Caramba, con Bécquer! Es el tercer triunfo que proporciona a pupilos míos.

INSPECTOR. La relojería del corazón femenino se mueve mejor con los viejos resortes de Gustavo Adolfo que con la compleja maquinaria de los poetas de hoy.

DANIEL.- Ahora bien: ¿qué es eso, señor, de que ha rendido la plaza? A mí me consta que nada todavía...

(Se le aproxima.)

INSPECTOR.- Desde hace cuarenta y ocho horas, el espíritu de Graciela es un puro caos. Sabe que ha de marcharse a Pontevedra, inexorablemente, y no se resigna a ese viaje sin antes ver a Jaime. Hoy ha tomado una resolución trascendental.

DANIEL.- ¿De qué se trata?

INSPECTOR.- Hace media hora salió de la Colonia Iturbe con el pretexto de unas compras urgentes. Su intención, sin embargo, era el venir a casa de Jaime. Así, pues, tardará en llegar pocos minutos.

DANIEL.- ¿Es posible?... ¡Qué licencia de costumbres!

INSPECTOR.- Lamentable, sí.

DANIEL.- Pero Jaime no sabe nada, ni la espera ni sospecha siquiera.

INSPECTOR.- Da lo mismo. Graciela se presentará aquí de un momento a otro.

DANIEL.- ¿Qué hacemos entonces, Inspector?

INSPECTOR.- ¡Ah!

DANIEL.- Llamará al timbre. Si el timbre no sonara...

INSPECTOR.- Pueril artificio. Llamaría con la mano.

DANIEL.- Si a pesar de todo Jaime no oyera...

INSPECTOR.- Oirá, oirá; es irremediable.

DANIEL.- Entonces... Porque, aconsejarle continencia, será perder el tiempo, Inspector.

INSPECTOR.- ¿Tenemos facultades para más...?

(Suena; en ese justo momento, el timbre.)

DANIEL.- ¿Graciela?

INSPECTOR.- Sí, Graciela.

DANIEL.- ¿Qué me aconseja?

INSPECTOR.- Distraiga a Jaime con sueños.

DANIEL.- Lo intentaré. **(A JAIME. Le habla apoyada en el respaldo del diván.)** ¿Te acuerdas de Nardiz, tu compañero de Bachillerato? ¿Del día aquél en que le ganaste tres veces al rondi? Pues ese Nardiz...

INSPECTOR.- Sugierale otro tema más cautivador que ese. El simple recuerdo de un compañero de colegio no basta para neutralizar la llamada de la mujer querida.

DANIEL.- Le sugeriré alguna idea de peligro. Buu, buuuuuuu... **(Le imita, en el oído, una inventada tempestad.)** Qué espantosa galerna...; nunca hubo otra igual en el Cantábrico... El balandro va a perecer... Tiremos los víveres al agua... Allí está el puerto...

(JAIME desasosegado, da vueltas a la derecha e izquierda.)

JADIE.- Santander, Santander...

(El timbre suena de nuevo.)

DANIEL.- **(Con el deseo de camuflar los timbrazos.)** No te preocupes: es la sirena del «Marqués de Comillas», que te hace señales. Ahora, echan un bote al agua con catorce remeros, siete por banda. Reman proa a tu balandro. La situación es difícil, pero no desesperada. Te salvas, seguro, te salvas... **(Otra vez el timbre.)** La sirena otra vez... **(Al INSPECTOR.)** No hay por qué suponer que siga llamando mucho tiempo. Creerá que Jaime ha salido y se marchará a la Colonia Iturbe.

INSPECTOR.- Es posible. Pero, ninguna mujer, en el estado de ánimo de Graciela, se ha dado por vencida con tan pocos timbrazos.

JAIME.- Marqués, Marqués..., me ahogo...

INSPECTOR.- Cámbiele de tema. La excesiva angustia podría despertarle.

DANIEL.- El balandro ha llegado a la costa y, ahora, avanza por la carretera, con las velas desplegadas. ¡Qué alegre rapidez la suya!... ¡Qué buen viento sopla!... **(Al INSPECTOR.)** Ya está más tranquilo. Tal vez vencamos... Si llamara de nuevo yo le diría: Es el claxon del coche que se nos cruza...

(En este instante GRACIELA surge en el foro. Es una mujer bellísima. Viste un traje sastre de viajé. En el rostro la pasión y el misterio se hermanan. Trae un aire de cierta zozobra. Se le ve que

vive una hora de aventura. Al advertir su presencia, el INSPECTOR y DANIEL se miran uno a otro.)

INSPECTOR.- Ahora sí, es la sirena.

DANIEL.- Acaso estaba abierta la puerta...

INSPECTOR.- **(Irónico.)** ¿Cree usted eso? Ya le explicaré después quién ha abierto la puerta...

(GRACIELA avanza hasta cerca del diván y, sin ver a JAIME, hace mutis unos segundos, en su busca, por la lateral derecha.)

DANIEL.- Volverá hacia él.

INSPECTOR.- Procure que no despierte... Póngale una inyección nueva de sueños. Intentemos de ese modo...

DANIEL.- El balandro corre tanto, que se eleva por los aires...

INSPECTOR.- Menos balandros, amigo mío. Ya están muy gastados.

DANIEL.- Siempre quiso ir a Río de Janeiro. Quién sabe si llevándole allí...

INSPECTOR.- Llévele.

DANIEL.- Mira, mira, el Pan de Azúcar... Y el Corcovado... ¿Cómo? ¿Qué lee ese señor? ¿Nueva Arquitectura? ¿Se lee esa revista en Río? ¡Qué maravilla! La calle está llena de gentes... Todos van vestidos de trajes claros, hombres y mujeres... Se ven, se ven... **(Baja los ojos y parece como si pidiera permiso al INSPECTOR.)** ...con su venia, Inspector. Se ven, mulatas...

INSPECTOR.- Siga, siga... No importa. Es preferible.

DANIEL.- **(Animadillo.)** Mulatas vestidas, también con trajes claros y flores en el pelo, cantando Bahía...

JAIME.- Graciela...

DANIEL.- ¡No, qué locura!... ¡Qué va a ser Graciela!... Graciela está en Pontevedra y no es mulata...

(GRACIELA resurge, por la lateral de su mutis, y ve a JAIME.)

GRACIELA.- **(Levemente.)** Jaime...

INSPECTOR.- **(A DANIEL.)** Basta; es inútil toda competencia. Nuestra voz no le habla a los sentidos, como la de ella. Ha comenzado a oírse el timbre, al que Jaime no sabrá sustraerse. El eléctrico fracasó. Este, de cuerdas vocales y de laringe, conseguirá su objeto. De momento, hemos sido derrotados. Deliberemos, Daniel, qué nos conviene hacer para evitar la catástrofe, si es evitable.

(DANIEL se le acerca. Los dos conversan en voz baja.)

GRACIELA.- Jaime...

JAIME.- Bahía...

GRACIELA.- Jaime...

(Le da en el hombro con la mano.)

DANIEL.- ¿Y este otro timbre, señor?

INSPECTOR.- Ya es timbre, Daniel, es aldabón.

(JAIME comienza a despertarse. Entonces, GRACIELA se aleja de él y hace mutis por la puerta del foro)

DANIEL.- Caramba..., ¿qué significa esto? ¿Se va?

INSPECTOR.- No se haga ilusiones.

(JAIME se incorpora, se restriega los ojos, soñoliento. Nota algo extraño, pero no sabe a qué atribuirlo. Se arregla la corbata, se compone un poco. Recoge los libros y el sombrero que había por el suelo y pone en pie la silla. Entonces, suena el timbre de la puerta.)

DANIEL.- Comprendido.

JAIME.- (Se acerca a la lateral izquierda.) ¡Julia!... (Nadie te responde.) ¡Julia!... Ah, qué tonto... si hoy era día libre para ella. (Y se va, dispuesto a abrir por sí mismo. Al cabo de unos breves instantes.) ¡Graciela! (Y GRACIELA, de nuevo, en la actitud de su primera entrada, surge en la puerta del foro. Tras ella, visiblemente conmovido, JAIME.) Graciela, qué sorpresa al verla... No podía sospechar que usted... ¿Llamaba al timbre desde hacía tiempo?

GRACIELA.- No, era la primera vez que llamaba. (El INSPECTOR y DANIEL se miran.)

JAIME.- ¡Ah, qué providencial despertar el mío!

INSPECTOR.- (Cejijunto.) Providencial no, Jaime.

JAIME.- Porque... había estado dormitando unos minutos hasta ahora mismo, ¿sabe, Graciela? Y soñando...; risa me da el recordarlo...; cuántos disparates... Fíjese que soñaba... que me iba a pique y que el «Magallanes»...

INSPECTOR.- El «Marqués de Comillas».

DANIEL.- Son gemelos. Es igual.

JAIME.- ... enviaba una lancha para salvarme... Y que llegaba a Río de Janeiro... Y que, de pronto, la veía a usted...

GRACIELA.- ¿A mí? Nunca estuve en Río.

JAIME.- Pero eso no importa nada para que yo la viera allí. En sueños, el viajar es fácil. Yo he tenido sueños de la india, de Australia y aun otro, espantoso, de Moscú. He circunvalado la Tierra media docena de veces... Más aún, Graciela: yo he tenido sueños interplanetarios.

GRACIELA.- (Con una sincera admiración.) ¿Es posible, Jaime?

JAIME.- Creerá usted que lo digo por envanecerme y, sin embargo, no le miento. La noche del viernes la pasé en Mercurio.

GRACIELA.- Mercurio cae cerca de...

JAIME.- Oh, de comunicaciones está mal, claro. Si va a Mercurio conviene apearse en el Sol, es lo más aconsejable. Del Sol, queda a unos cuantos millones de kilómetros. Pero, ¡bah! Yo dormía de este lado, en el Sol, me moví al contrario, y desembarqué en Mercurio.

GRACIELA.- Tiene usted el récord de velocidad, entonces.

JAIME.- (Ruborizado.) Pues, sí. Por eso no quería decírselo. Pero sí le aseguro que el mejor sueño no fue el de aquella noche, sino el que estoy viviendo ahora.

GRACIELA.- ¿Sí...?

JAIME.- Palabra.

GRACIELA.- **(Con un notorio deseo de cambiar de conversación cuanto antes.)** ¿Y ésta es su casa? ¿Aquí tiene usted su despacho? **(Señala a la lateral izquierda, por la que, casi inmediatamente, después, hace mutis.)**

JAIME.- **(Contristado del súbito cambio que se impone a su conversación.)** Sí... **(Y se va tras ella.)**

INSPECTOR.- **(Como si se dispusiera a seguirles.)** ¿Qué habitaciones hay dentro?

DANIEL.- Ninguna que merezca despertar alarma. Su despacho, cerca de la terraza. Nada, un par de tableros y unos taburetes.

INSPECTOR.- ¿Y qué más?

DANIEL.- **(Inocentísimo.)** El office.

INSPECTOR.- Bien. De todas formas, habrá advertido que el diálogo amenaza despeñarse. Ha comenzado, como es natural, con divagaciones y generalidades. La intención de Jaime de llevarla por otros derroteros, se ha puesto de relieve en la última frase. «El mejor sueño de mi vida es el que estoy viviendo», le ha dicho. Graciela le ha impedido desarrollar el tema, de momento. Acaso, si él insiste, cambiará de criterio.

DANIEL.- Con seguridad.

INSPECTOR.- No conviene perder ni un solo segundo. ¿Dónde está el guardián de Graciela?

(Aparece LUCÍA por el foro.)

LUCÍA.- Aquí, Inspector.

INSPECTOR.- Escúcheme: usted conoce la situación como nosotros. Es preciso vencer los peligros que nos acechan.

LUCÍA.- Mándeme, Inspector.

INSPECTOR.- La intimidad en que Graciela y Jaime se encuentran me preocupa mucho. ¿Cuándo sale el expreso de Galicia?

LUCÍA.- Si Graciela se fuera en el expreso de Galicia, señor, estaríamos salvados, porque sale a las diecisiete y veinticinco de la Estación del Norte. Pero es que se marcha en el rápido de Valladolid, que sale a las diecinueve.

INSPECTOR.- Caramba...

LUCÍA.- En el momento en que nos íbamos del hotelito de la Colonia Iturbe, yo le oí decir a don Pascual: «Es un fastidio que tengamos que hacer noche en Valladolid...»

INSPECTOR.- Caramba, caramba... Según eso, nos esperan dos horas peligrosas.

DANIEL.- Indudablemente.

INSPECTOR.- Bien, pues, hay que conseguir que alguien venga a esta casa cuanto antes.

LUCÍA.- ¿Quién, Inspector?

INSPECTOR.- Yo no lo sé, pero provocar la visita de alguien no lo

creo imposible.

LUCÍA.- Los porteros, un cobrador, el chico de los periódicos...

DANIEL.- Informaciones no sale hasta las ocho.

INSPECTOR.- Es lo mismo. Esas son visitas fulminantes, de segundos, que no nos resuelven ningún problema. Otro género de visitas es el que precisamos. Un cliente...

DANIEL.- Aquí no los recibe.

INSPECTOR.- Un amigo...

DANIEL.- Le haría un guiño para que se marchara pronto.

INSPECTOR.- Un pariente, entonces...

DANIEL.- ¡Ah, sí, ya se me ocurre! Su tía Clara.

INSPECTOR.- ¿Quién es?

DANIEL.- Una hermana, vieja ya, de su madre. Suele visitarle con frecuencia, porque delira por su sobrino y siempre está temerosa de que le suceda algo. De niño, le cuidó, cuando pasó el sarampión, y desde entonces vela incansablemente por su salud.

INSPECTOR.- Pues, hale. Logremos que venga.

DANIEL.- Vive a no mucha distancia de aquí. Ahora bien: dado lo limitado de nuestras atribuciones, ¿cómo traerla?

INSPECTOR.- Vaya a su lado. Póngale una inyección de presentimientos. Hágale temer una recidiva del sarampión de Jaime.

DANIEL.- No suele darse, Inspector.

INSPECTOR.- O cualquier otra dolencia. Si es verdad su amor al sobrino, le faltará tiempo para visitarle.

DANIEL.- Le quiere; es indudable. Se lo ha demostrado siempre. Ha testado a su favor. De ayudarnos la suerte, tenemos muchas probabilidades de que se traslade aquí, máxime hoy, que no es día de fútbol.

INSPECTOR.- ¿Le gusta el fútbol?

DANIEL.- En la vecindad se sospecha que lo juega. Además, son las cinco...

INSPECTOR.- ¿Qué?

DANIEL.- Si fueran las seis y hubiera empezado ya su partida de bridge, no habría fuerza humana capaz de levantarla de su asiento. Por fortuna, queda un margen de tiempo muy considerable.

INSPECTOR.- Pues no lo malgastemos, Daniel.

DANIEL.- Señor: ha de perdonarme si me atrevo a rogarle que sea Lucía quien cumplimente tan sutil misión. Esta es la casa de Jaime y me parece que abandonarla en un momento crítico de la vida de su dueño sería faltar a mis deberes.

LUCÍA.- Más crítico es aún para Graciela. Ella es la que lleva todas las de perder.

DANIEL.- Su afirmación es discutible. Graciela resolvió su vida. Jaime no. Jaime, me consta, es un sensitivo. Graciela, un poco casquivana.

LUCÍA.- Inspector: le suplico que ponga freno a los comentarios de Daniel.

INSPECTOR.- Dejémonos ahora de trivialidades, que la cosa urge. Y, a propósito, tardan mucho en volver... ¿No hay más, realmente, que el estudio y el *office*?

DANIEL.- Hay también un cuarto de servicio.

(Se produce un momento de inquietud. LUCÍA lo disipa. Se ha asomado a la lateral izquierda.)

LUCÍA.- Tranquilícense. Están viendo unas copias, al ferroprusiato, de unos proyectos de Jaime.

INSPECTOR.- ¡Qué extraña aventura! **(Transición.)** Bien, Lucía, acuda al domicilio de la tía Clara.

DANIEL.- Doña Clara Ribes, viuda de Visconti. Cisne, 32, tercero.

INSPECTOR.- Y procure, por todos los medios a su alcance...

LUCÍA.- **(Seca. Con cierto mal talante.)** Comprendido. **(Inicia el mutis por el foro.)**

INSPECTOR.- Será un éxito si nos la trae en un cuarto de hora.

LUCÍA.- Se hará lo que se pueda.

(Se va, después de mirar, destempladamente a DANIEL.)

DANIEL.- A mí me parece, señor Inspector, que era a ella a quien correspondía... Si yo me he excusado es porque, en realidad, mi deber...

INSPECTOR.- No hace falta que se justifique.

DANIEL.- A mí no me costaba nada ir al Paseo del Cisne, pero, créame, Inspector, de esos dos, el débil es él.

INSPECTOR.- ¿Por qué lo dice usted?

DANIEL.- **(Reservadamente.)** En mi opinión personal, Graciela no es trigo limpio.

INSPECTOR.- ¿Qué le induce a usted a expresarse así?

DANIEL.- La experiencia.

INSPECTOR.- Cállese, que vuelven.

(En efecto, JAIME y GRACIELA regresan, por la lateral de su mutis.)

GRACIELA.- ¿Y el ferroprusiato, qué es?

JAIME.- Es un papel tratado con un compuesto de hierro, que sirve para sacar copias de los planos.

GRACIELA.- Qué curioso...

JAIME.- Yo hago, primero, mis dibujos en ese tablero que ha visto usted, y después mando que me los copien.

GRACIELA.- ¿En ferroprusiato?

JAIME.- Justo. Así es.

GRACIELA.- Quién podía sospechar...

JAIME.- Usted, por ejemplo, ha visto el proyecto de fachada del Teatro Moreto que me han encargado, un teatro muy curioso, en el que

me han dicho que me preocupe de que haya escenario y de que no tenga vales.

GRACIELA.- Sí...

JAIME.- Pues bien, esa fachada hay que dibujarla ahora, a otra escala, con detalle, ¿me entiende usted? Y copiarla después.

GRACIELA.- Sí, sí... Y siempre lo mismo, ¿no? ¿En ferropusiatos?

JAIME.- ¡Justo! ¡Qué inteligente es usted, Graciela!

GRACIELA.- ¿De verdad se lo parezco?

JAIME.- Está usted dotada de un poder de adaptación maravilloso. Se diría que ha vivido usted siempre entre arquitectos.

GRACIELA.- ¡Huy!, no lo crea. Es usted el primero que conozco.

JAIME.- Pues no lo parece. Se lo aseguro.

GRACIELA.- Usted me juzga con demasiada amabilidad. Soy una mujer completamente vulgar.

JAIME.- No ante mis ojos, Graciela.

GRACIELA.- Muchas gracias. **(Transición.)** ¿Y aquí transcurre su vida, Jaime?

JAIME.- Parte de ella, sí. Aquí trabajo... y aquí sueño.

GRACIELA.- ¿Y a qué horas?

JAIME.- Trabajar, de tres a siete... Soñar, no tengo horas fijas.

GRACIELA.- Sus trabajos ya sé, aproximadamente, cuáles son. Sus sueños, no.

JAIME.- Leo mucho, Graciela.

GRACIELA.- ¿Libros... de su carrera?

JAIME.- No, de versos.

GRACIELA.- ¡Ah!

JAIME.- ¿Qué le pareció a usted Juan Ramón Jiménez?

GRACIELA.- Magnífico.

INSPECTOR.- Cuidado.

DANIEL.- ¿Qué pasa?

INSPECTOR.- Hemos saltado del ferropusiatos a la lírica pura. Comienza el peligro.

GRACIELA.- **(A JAIME.)** ¿Qué busca usted?

JAIME.- Un poema de Juan Ramón. Quería leérselo.

GRACIELA.- ¿Cuál es?

JAIME.- Se titula «Paisaje».

GRACIELA.- ¡Ah, ya me acuerdo! Usted me lo subrayó en el libro.

JAIME.- Sí.

GRACIELA.- **(Recita.)**

¿A qué quieres que te hable?

Deja, deja...

*Mira el cielo ceniciento, mira el campo
inundado de tristeza.*

*Sí, te quiero mucho, mucho...
Ay, aleja
tu mejilla de mis labios que se cansan...
Calla, calla, mi alma sueña...
Ya no recuerdo más.*

JAIME.- ¡Qué maravilla es oírla recitar, Graciela!

GRACIELA.- ¡Bah!...

JAIME.- ¿Qué otro poema le gusta?

GRACIELA.- Le diré...

(Se queda unos momentos pensativa.)

INSPECTOR.- Si no aparece la tía Clara antes de cinco minutos, perdemos la partida.

DANIEL.- ¿Es usted pesimista?

INSPECTOR.- Sí.

DANIEL.- ¿Qué nos cabe hacer?

INSPECTOR.- Esperar. No hay otro recurso.

GRACIELA.- Este... **(Transición.)** Pero, en realidad, Jaime, yo no he venido aquí para hablar de Juan Ramón Jiménez. **(Se sienta en el diván.)**

INSPECTOR.- Calle, la conversación toma nuevo sesgo... Hay un rayo de esperanza.

GRACIELA.- Usted dirá: «Qué atrevimiento, una mujer casada en el piso de un muchacho soltero».

JAIME.- ¿Cómo se le ocurre? Ni se me ha pasado por la cabeza semejante idea.

GRACIELA.- Pero es que yo he venido aquí en visita de negocios.

DANIEL.- Falso...

JAIME.- ¿Qué negocios, Graciela?

GRACIELA.- ¿No es usted arquitecto? Hay un terreno cerca de la ría, en Marín, que es nuestro. Y pensamos construir una pequeña casita para pasar allí los veranos.

JAIME.- Ajá.

GRACIELA.- ¿Usted puede hacer casas en Marín?

JAIME.- No hay ningún inconveniente.

GRACIELA.- Total, que hoy le dije a mi marido: «Voy a hablar con Jaime Samaniego a ver qué me aconseja».

DANIEL.- No habló con su marido. Lo del terreno en Marín es una invención.

JAIME.- ¿Entonces su marido... sabe que usted...? **(Se sienta a su lado.)**

DANIEL.- ¡No seas estúpido! ¡Como va a saber!

GRACIELA.- ¿... venía aquí? Naturalmente. ¿Cómo se le ocurre que sin que él lo supiera...? Usted me juzga mal, Jaime.

JAIME.- No, eso no. De ningún modo. ¿Qué de particular tendría su visita? Usted está por encima de ciertos prejuicios sociales.

GRACIELA.- ¡Ah, no, no, Jaime! Ese lujo no se lo puede permitir nadie.

JAIME.- O sea que... lo que usted quiere es... que le de mi opinión sobre lo que le conviene hacer en ese terreno... de Marín, ¿verdad?

GRACIELA.- Sí, justo.

JAIME.- Yo necesitaría conocer dónde está emplazado... y cuál es su extensión... y qué le rodea... ¿comprende usted?

GRACIELA.- Claro, claro... Déjeme pensar.

INSPECTOR.- ¿Qué opina de esto?

DANIEL.- No sé... Yo no me fío ni un pelo, señor.

INSPECTOR.- Y, sin embargo... Pasan cosas tan extrañas...

DANIEL.- Pero, ¿cree realmente que Graciela ha venido aquí para hablar de arquitectura con Jaime?

INSPECTOR.- No, eso no. Sin embargo, acaso, al verse frente a él, se haya arrepentido de sus primeros impulsos... Muchas veces se toman decisiones que después se rectifican.

DANIEL.- Cuidado, Inspector. Esto acabará funestamente.

GRACIELA.- Si mal no recuerdo, nuestro terreno tiene unos doscientos metros cuadrados. No, no, dos mil... Espere usted... No sé si son doscientos o dos mil... Bueno, pongamos la mitad. Mil. ¿Le parece?

JAIME.- Como guste.

GRACIELA.- Por un lado da a la ría, por el otro a una montañita de pinos. Al fondo se vela Escuela Naval... Bonito, ¿no?

JAIME.- **(Súbitamente encendido.)** ¡Oh, Graciela!... Esto ya no se puede soportar... Yo he deseado con toda mi alma verla aquí, pero no hablándome de asuntos profesionales... Graciela, la adoro. Yo, no puedo vivir sin usted. La necesito, me hace falta, se lo aseguro. **(Se arrodilla, románticamente, a sus pies.)**

INSPECTOR.- **(Lleno de zozobra.)** Pronto, pronto.... Vea si llega la tía Clara.

(DANIEL hace mutis, precipitadamente, por el foro.)

GRACIELA.- Pero, Jaime... ¿Qué locuras son esas?

JAIME.- Sí, sí, Graciela. Desde que la conocí, en casa de los de Robles, el día de San José, no he dejado de sentirme, bajo su influencia. Me he dominado, mientras me fue posible, pero todas las cosas tienen un límite, y ésta ha llegado al suyo.

GRACIELA.- Es usted un chiquillo, Jaime... ¿Va usted a hacer que me arrepienta de haber venido aquí?

JAIME.- Al contrario, mi ilusión sería que bendijera usted la idea de esta visita y que la fecha de hoy no la olvidara nunca...

GRACIELA.- Qué ambicioso es usted, Jaime.

JAIME.- Sí, en ese orden, mucho. Ya ve usted: como arquitecto, casi me da lo mismo todo. Pero, como enamorado, el cielo me parece poco

para ofrecérselo a usted.

INSPECTOR.- ¡Insensato!

DANIEL.- **(Por el foro.)** Nada, no se ve nada, **(Transición.)** ¿Y esto...?

INSPECTOR.- Igual que antes.

GRACIELA.- Bueno, lo primero, levántese, Jaime. Ya los seductores como usted no hincan sus rodillas en el suelo. Pasó, la costumbre, como tantas otras. Y escúcheme, que tengo que reñirle.

JAIME.- Ríñame cuanto guste, pero dígame antes que no rechaza mi amor, que me deja, por lo menos, aunque no me lo retribuya, que se lo declare...

GRACIELA.- Silencio, Jaime, silencio. A callarse tocan. Vamos por partes: ¿usted sabe que yo no soy una mujer libre?

JAIME.- ¡Ah, si lo fuera...!

GRACIELA.- ¿Y que mi marido, que dicho sea de paso es celosísimo, no ve sino por mis ojos y está pendiente siempre de mis gustos y de mis caprichos?

JAIME.- Siendo usted como es, no tiene mérito ninguno.

GRACIELA.- ¡Oh, qué amable!

JAIME.- Pídame a mí que suba a las estrellas o que baje al fondo del mar...

GRACIELA.- No, no, Jaime. ¿A qué conduciría un esfuerzo así?

JAIME.- ¿No leyó usted a Bécquer? También se lo mandé,
 Graciela.
 Por una mirada un mundo,
 por una sonrisa un cielo.
 Por un beso,
 yo no sé qué te diera por un beso.

GRACIELA.- Un beso... Eso es mucho pedir... Un beso.

INSPECTOR.- **(Radical.)** Vámonos, Daniel. No hay nada que hacer. Usted levantará el Acta Verbal de la Infracción para el Libro de la Vida de ambos.

DANIEL.- Conforme.

INSPECTOR.- Déle a Lucía por presente, aunque no lo esté. Yo le autorizo.

DANIEL.- Muy bien, Inspector. ¿Desea que le acompañe?

INSPECTOR.- No; su deber, hartamente, Daniel, es continuar junto a ellos.

DANIEL.- Siempre a sus órdenes, Inspector.

(El INSPECTOR se dispone a hacer mutis. Por fórmula, mira un momento antes a GRACIELA y a JAIME.)

GRACIELA.- Yo sólo he besado a un hombre en mi vida, Jaime. Pero, ¿qué sabe usted de mi vida!... Si yo se la contara... Ha sido tan

triste...

INSPECTOR.- **(Como si solamente le faltase escuchar aquello para predecir el final. Mira a DANIEL.)** Va a contarle su vida. Definitivamente perdido.

(Y echa a andar hacia la puerta del foro. Pero se detiene. En su umbral ha surgido LUCÍA.)

LUCÍA.- Inspector...

INSPECTOR.- **(Lleno de alegría.)** ¿Qué?

LUCÍA.- Hemos conseguido traer a la tía Clara.

INSPECTOR.- ¿Dónde está?

LUCÍA.- Llega ahora mismo. Yo le he sacado ventaja porque subí en el ascensor.

(La alegría se afirma en el rostro del INSPECTOR y se transmite al de DANIEL. Ambos miran a JAIME y GRACIELA y se aproximan a ellos.)

INSPECTOR.- ¡Ah! ¡Entonces, magnífico! No hay que desesperar nunca. ¿Lo ve, Daniel? Por lo menos hoy, las almas de Jaime y de Graciela se salvarán de la Caída.

TELÓN

△▽

Acto II

El mismo decorado del acto anterior. Y la misma escena, sin otra solución de continuidad que la impuesta por la guillotina del telón.

GRACIELA y JAIME continúan sentados, frente al público, en el diván que ocupaban al concluir el acto. JAIME escucha en silencio algo que parece contarle GRACIELA. La expresión de ella refleja una cierta amargura: su relato no debe referirse a nada agradable.

INSPECTOR.- **(A LUCÍA. Gozosísimo.)** O sea que... la tía Clara...

LUCÍA.- La he dejado en el momento que tomaba el ascensor.

INSPECTOR.- ¡Magnífico, magnífico!

LUCÍA.- Se detuvo un instante a saludar a no sé quien. Pero antes de un minuto la tendremos con nosotros.

INSPECTOR.- Espléndido, Lucía. Explíquenos cómo fue todo.

LUCÍA.- La sinceridad me obliga a confesarle que no hubo necesidad de esforzarse gran cosa para conseguir el éxito deseado y que, por otra parte, Matea, guardián de la tía Clara, ha contribuido mucho a él. Esa señora es indudable que tiene una debilidad notoria por su sobrino. Apenas se le administró la corazonada convenida, se puso el sombrero, se colgó el silbato buscataxis, cogió el bastón y se echó a la calle. Le ayudó

a decidirse la casualidad de que el teléfono de Jaime no hubiera respondido a sus llamadas media hora antes.

DANIEL.- Sí. Es que no funciona. Está estropeado desde hace varios días.

LUCÍA.- La falta de respuesta le alarmó enormemente y conspiró a favor nuestro.

INSPECTOR.- Constará en su Hoja de Servicios éste, que ha prestado a la causa del Bien.

LUCÍA.- (**Positivamente satisfecha.**) Gracias, Inspector.

DANIEL.- Deseo que mi felicitación sea la primera.

LUCÍA.- Gracias, gracias. Y ahora yo les rogaría que me informaran de cuál es la situación en que nos encontramos.

INSPECTOR.- Sin la llegada de la tía Clara, sería desesperada.

DANIEL.- No le diré sino que íbamos a levantar el Acta de infracción hace unos instantes.

LUCÍA.- No ha sido necesario, según veo.

INSPECTOR.- Fue aplazada, porque Graciela acometió, de improviso, el relato de su vida. Ahora bien: al concluirlo, el peligro se reproducirá; sólo que, para entonces, la tía Clara estará con nosotros. Veamos, entre tanto, por dónde va el relato.

GRACIELA.- ... el final del verano fuimos a pasarlo a Villagarcía de Arosa. Todas las tardes merendábamos en la isla Cortegada. Tenía yo entonces dieciséis años recién cumplidos...

INSPECTOR.- Va por los dieciséis. ¿Cuántos tiene ahora?

LUCÍA.- (**Con delicadeza.**) No sé si debo...

INSPECTOR.- Déjese de escrúpulos. ¿Cuántos años tiene?

LUCÍA.- Hará los treinta y uno en septiembre. Pero acostumbra quitarse cinco cuando habla de estas cosas..

INSPECTOR.- Por mucho que extracte su autobiografía, nos da tiempo a la llegada de la tía Clara. Entiendo que, de momento, hemos triunfado.

DANIEL.- Era la tarde de hoy la crítica, Inspector, ya sé lo advertí. Salvada, el invierno les separará.

INSPECTOR.- Pero nadie le impide a Jaime seguir a Graciela a Pontevedra.

DANIEL.- ¿Conocéis Pontevedra, Inspector?

INSPECTOR.- No, ciertamente.

DANIEL.- No es Pontevedra escenario propicio a una aventura extraconyugal. Hubo una, el año 1945, y sus protagonistas tuvieron que marcharse a Vigo para consumarla. Mientras Graciela resida en Pontevedra, no hay nada que temer.

LUCÍA.- Acaso, tampoco mientras permanezca aquí. Lleva diez meses en la Colonia Iturbe :y nadie ha tenido nada que decir en contra de ella.

INSPECTOR.- Convengamos, Daniel, en que, si bien su decisión de

visitar a Jaime es reprochable, ha sabido mantenerse, hasta el momento, en una actitud digna. Jaime en cambio, se ha lanzado al asalto con un ímpetu que sólo censuras merece.

LUCÍA.- ¡Ah!, ¿fue así, Inspector?

DANIEL.- No le faltaban motivos. La presencia de Graciela en su ático era una verdadera provocación. Y pura historia la de que tenía un terreno en Marín.

LUCÍA.- Verdad, como que es de día. Yo he estado en él acompañándola, Inspector.

INSPECTOR.- ¿Le consta cuanto dice?

LUCÍA.- Desde luego.

INSPECTOR.- Y entonces, Daniel, ¿por qué aseguraba que era una invención lo del terreno?

DANIEL.- Porque para hablarle de él no hacía falta que Graciela se presentara aquí, sin avisar, y dos horas antes de su viaje, como si se tratara de una cosa urgente.

INSPECTOR.- Pero, ¿hay terreno o no hay terreno?

LUCÍA.- Lo hay. Son cinco hectáreas con maíz, y trigo, libres de foros.

DANIEL.- (**Triunfante.**) ¡Ah! Terrenos de labranza, Inspector. ¿No le decía yo? ¿Y van a construir en ellos una casa? ¡Qué extraño!

LUCÍA.- Nadie ha hablado de edificar...

DANIEL.- Graciela, pérfidamente, a Jaime hace un cuarto de hora.

LUCÍA.- Lo dudo mucho.

INSPECTOR.- Es cierto, Lucía.

LUCÍA.- (**Sin querer confesar su derrota.**) Será porque lo hayan resuelto así, entonces.

INSPECTOR.- Bueno, dejémosnos de disquisiciones.... Atención al relato. (**Se interrumpe.**)

GRACIELA.- ... Pascual, ya desde el principio, comenzó a maltratarme...

JAIME.- ¿Es posible, Graciela? ¿Ese villano?

GRACIELA.- Calle, Jaime, no se excite; Esto no lo ha sabido, nadie, hasta hoy, y no sé por qué tengo que contarle a usted todo lo que me pasa. Pero, déjeme qué siga...

DANIEL.- (**Inquisitorialmente.**) ¿Es cierto que le pegó el tal Pascual?

LUCÍA.- (**Con nobleza.**) De eso, la verdad sea dicha, no tenía yo la menor noticia.

INSPECTOR.- Bien. ¿Y el ascensor? ¿Cómo tarda tanto en llegar? ¿Es de agua?

LUCÍA.- No, no. (DANIEL **hace mutis por el foro.**) Es un Munar y Guitart eléctrico.

INSPECTOR.- Pues entonces...

DANIEL.- (**Lívido, por el foro.**) Traigo una noticia grave. Ha habido

avería. El ascensor se ha quedado parado entre el tercero y el cuarto piso.

INSPECTOR.- ¿Y usted cree que esa ha sido una avería casual? Asombro me causa su inocencia, Daniel. Estamos en presencia de un acto de sabotaje. Y no necesitaré decirle de quién, naturalmente.

LUCÍA.- No, claro.

INSPECTOR.- De nuestro enemigo, el Maligno.

DANIEL.- ¡Oh, Inspector!... ¿No le achacaremos a él las culpas de la Unión Eléctrica Madrileña?

INSPECTOR.- No. Y esta no es, tampoco, su primera intervención en la tarde de hoy. El Maligno fue el que sugirió a Graciela la idea de venir a ver a Jaime y el que le abrió la puerta, cuando dormía, para que pudiera entrar y despertarle. Si no, acaso, Graciela se hubiera marchado creyéndole ausente.

DANIEL.- Sí, sí, tenéis razón, Inspector.

INSPECTOR.- Es el Maligno. Conozco su siniestra manera de actuar. El ha hecho que el ascensor se estropeará, para impedir la llegada de la tía Clara. Es su contraofensiva. El Maligno va armado hasta los dientes. Lleva teléfono, alicates, dinero..., todos los útiles que son necesarios en un momento dado para mover a los hombres como muñecos. Mientras que, nosotros, operamos desasistidos de esos recursos. Por eso nos vence en tantas ocasiones. Es un dolor...

DANIEL.- ¿Qué podemos hacer?

INSPECTOR.- No se me ocurre... Pero cualquier cosa antes de que el Maligno cante victoria. Un momento... **(Presta atención a GRACIELA.)**

GRACIELA.- Cuando Pascual quiso cambiar de conducta era tarde ya. Le había perdido el cariño. Pascual me juró que iba a ser otro hombre, que estaba arrepentido de su conducta para mí; palabras solamente...

INSPECTOR.- Parece que acaba.

LUCÍA.- **(Se acerca a GRACIELA.)** ¿Le contaste lo que paso en Puente deume? Cuéntaselo, Graciela.

(Hace una señal de inteligencia al INSPECTOR y a DANIEL.)

GRACIELA.- Una mañana en Puente deume, donde fuimos a pasar las fiestas de Pascua...

LUCÍA.- **(Con firmeza.)** Tenemos para diez minutos.

(En este momento suena el timbre de la puerta.)

INSPECTOR.- El timbre... ¿quién será?

(Ni GRACIELA ni JAIME lo oyen. El timbre suena otra vez.)

DANIEL.- ¿La tía Clara?

(LUCÍA hace mutis por el foro y regresa en el acto.)

GRACIELA.- **(Que interrumpe su relato.)** ¿Llaman?

JAIME.- Sí.

GRACIELA.- Ay, ¿quién será?

JAIME.- No se preocupe.

LUCÍA.- **(De regreso.)** Es alguien a quien no conozco. La tía Clara

sigue encerrada en el ascensor.

INSPECTOR.- Sea quien sea, nos sirve como si fuera la tía Clara. **(El timbre otra vez.)**

GRACIELA.- ¿Qué va a hacer?

JAIME.- No abrir. El que llame, supondrá que no hay nadie.

GRACIELA.- Sí, pero...

JAIME.- Sígame contando. Es delicioso oírlo. Yo también estuve en Puente deume ocho años antes. Qué lástima no haber coincidido con usted.

GRACIELA.- **(Incómoda.)** Sí...

(Nuevo timbrado.)

JAIME.- Total, por ocho años de diferencia. ¿No habrían cambiado mucho las cosas?

GRACIELA.- Sí...

(El timbre de nuevo. Ahora, el timbrado es largo e insistente. Parece que no va a cesar nunca.)

VOZ DE MUJER.- **(Desde dentro.)** ¡Señorito!...

GRACIELA.- ¿Quién es?

JAIME.- Calle...

VOZ. ¡Soy la portera, señorito!

GRACIELA.- **(Más tranquila.)** Ábrale...

JAIME.- Sí. **(Se dirige al foro. Se le oye hablar dentro.)** ¿Qué pasa, Engracia?

VOZ.- Oiga usted, señorito. Que el ascensor se ha estropeado entre el tercero y cuarto piso, con gente dentro, y que, como usted sabe mucho de electricidad y de esas cosas y no encontramos a nadie que nos lo arregle..., pues que queríamos pedirle que nos echara una mano.

JAIME.- Pero yo no entiendo nada de eso, Engracia.

VOZ.- Ande, señorito, que el motor está aquí al lado y que, a lo mejor, en un santiamén lo arregla...

JAIME.- Además, tengo un trabajo urgente y...

VOZ.- ¿No oye usted pedir socorro?

JAIME.- Bueno, márchese. Ahora mismo voy. **(Se oye cerrar la puerta. JAIME regresa inmediatamente.)** ¿Me espera, verdad?

GRACIELA.- **(Prometedora.)** Claro.

JAIME.- Ardo en deseos de saber qué le sucedió en Puente deume.

GRACIELA.- Poco fue, pero lo sabrá.

(JAIME va a hacer mutis. DANIEL se le acerca y le habla al oído.)

DANIEL.- Lleva alguna herramienta.

(JAIME cambia de dirección y, en lugar de hacer mutis por el foro, inicia el mutis por la derecha.)

GRACIELA.- **(Sorprendida.)** ¿Qué le pasa?

JAIME.- Se me ha ocurrido que sería prudente coger alguna

herramienta.

INSPECTOR.- (A DANIEL.) Acertada idea. Y, a propósito, ¿quién es el Guardián de Engracia, la portera?

LUCÍA.- No sé.

DANIEL.- Yo le conozco. Es uno que empieza ahora.

INSPECTOR.- Pues se ha conducido como un veterano. Habrá que tenerlo en cuenta.

(JAIME sale de la derecha. Trae en la mano unas cuantas herramientas.)

JAIME.- **(Desde el umbral de la puerta del foro. Como si iniciara un viaje sin retorno.)** ¡Adiós!

GRACIELA.- Adiós, Jaime.

DANIEL.- Voy a acompañarle. Estoy chapado a la antigua, lo confieso. Y me dan miedo las cosas eléctricas.

INSPECTOR.- Inspírele.

DANIEL.- Poco podré. Yo sólo he visto cambiar los plomos una vez.

(Y hace mutis detrás de JAIME. GRACIELA, al verse sola, se dirige resueltamente a la cómoda de la derecha, abre sus cajones uno por uno y dos registra todos, a la busca de algo.)

INSPECTOR.- Eso no es correcto.

LUCÍA.- **(Se aproxima a GRACIELA.)** Debiera darte vergüenza lo que estás haciendo.

(GRACIELA se detiene un instante y acusa las palabras de LUCÍA, como si un remordimiento le asaltara, pero su decisión es más fuerte y prosigue, nerviosamente, su registro. Cuando acaba con la cómoda de la derecha, empieza con la de la izquierda.)

INSPECTOR.- ¿Pero qué es lo que busca? ¿Cartas, documentos, retratos...?

LUCÍA.- No se me ocurre.

INSPECTOR.- ¿Cuánto tiempo lleva a su custodia?

LUCÍA.- Diez meses justos.

INSPECTOR.- Entonces, debe saber a qué atenerse.

LUCÍA.- No demasiado, la verdad. De esos diez meses, seis los pasó Graciela en cama, convaleciente de una pleuresía... Y en el resto...: yo nunca vi que hiciera nada parecido.

(GRACIELA saca varios papeles de los cajones de la cómoda y los vuelve a guardar; no son los que busca.)

GRACIELA.- **(Entre dientes.)** ¡Maldita sea!...

INSPECTOR.- ¡Qué expresiones!

LUCÍA.- **(Anonadada.)** Está desconocida... **(Se acerca a ella.)** ¿Y si ahora, de pronto, apareciera Jaime?

(GRACIELA se detiene, temerosa. Marcha con presteza a la puerta del foro y mira si JAIME viene, o no. Su inspección, al parecer, no resulta satisfactoria. Entonces, vacía el último cajón que le quedaba

por registrar.)

GRACIELA.- ¡Nada!

(Hay un instante de perplejidad. En este momento llega DANIEL por el foro.)

DANIEL.- Jaime es tan buen electricista coma arquitecto. Todo reparado. El ascensor....

INSPECTOR.- Psss.

DANIEL.- ¿Qué sucede?

(GRACIELA mira a derecha e izquierda, sin saber qué hacer. De improviso, ve sobre la mesita que hay junto a la cama turca, en que JAIME reposaba al comienzo de la obra, una cartera de bolsillo.)

GRACIELA.- ¡Ah..., por fin! **(Coge la cartera.)**

DANIEL.- **(Extrañado.)** ¿Qué significa esto?

LUCÍA.- Calma, Daniel. Graciela es muy celosa y...

(Al abrir GRACIELA la cartera se le caen varios retratos al suelo. GRACIELA los recoge y, a compás de las palabras de DANIEL, va examinándolos uno por uno.)

DANIEL.- **(Al oído de GRACIELA.)** Es el retrato de la madre... Es su hermana Justina... Es un catedrático de Hormigón Armado... Es Justina otra vez, sólo que con trenzas... **(Ahora GRACIELA se sonríe, con cierta ironía.)** ¡Sí..., sí! ¡Es usted misma!... ¿Y de qué se ríe, si puede saberse? **(A LUCÍA, en son de protesta.)** ¡Es increíble!

LUCÍA.- No interprete mal las cosas... No se ríe de Jaime. Sonríe, únicamente, al ver su fotografía.

DANIEL.- Que Jaime esté enamorado no es como para que Graciela se burle.

LUCÍA.- No se burla.

DANIEL.- **(Al INSPECTOR.)** ¿Qué dije yo, Inspector, cuando empezó esta escena? Que aquí el verdaderamente débil era Jaime y no ella, que era Jaime a quien había que proteger y no a Graciela.

INSPECTOR.- Cállese, Daniel.

(Y, de pronto, GRACIELA deja las fotografías en la cartera, sin concederle mayor importancia, y se guarda en el escote los cinco o seis billetes de cien pesetas que había dentro.)

DANIEL.- ¡Inaudito! ¡Robando dinero!

LUCÍA.- ¡Graciela!

INSPECTOR.- Vivir para ver.

(GRACIELA, insensible, sigue registrando la cartera por si aún quedara algún dinero.)

DANIEL.- ¡Déjale algo para un apuro!

(GRACIELA saca de su maravillosa caja fuerte uno de los billetes que había sustraído y lo reintegra a su punto de origen. LUCÍA, anonadada, se retira al umbral de la puerta de la derecha y oculta su cabeza entre las manos.)

LUCÍA.- ¡Qué deshonra!

(GRACIELA, concluido el fructífero registro, deposita la cartera en donde la había encontrado y vuelve a sentarse, con aire inocente, en su diván de siempre: Ahora ve un encendedor de mesa. Lo coge con presteza y lo oculta en su monedero.)

DANIEL.- ¡Esto más!

LUCÍA.- Yo les ruego que me excusen. Me encuentro realmente anonadada.

(Los ángeles se trasladan a la rotonda, donde se sientan.)

INSPECTOR.- Tranquilícese, Lucía. La culpa de cuanto sucede no es suya.

LUCÍA.- Que esto pase en su presencia, Inspector, es terrible para mí.

INSPECTOR.- La comprendo, Lucía, pero serénese.

LUCÍA.- A usted, Daniel, de modo especial, yo le suplico que...

DANIEL.- Calle..., calle...

LUCÍA.- No hay nada que lo justifique. En su casa lo tiene todo pagado. Trajes, coche, caprichos. Don Pascual le entrega seis mil pesetas mensuales para sus gastos.

INSPECTOR.- Es bastante, ¿no?

DANIEL.- ¿Cómo, Inspector? ¿Sabéis lo que significa una suma así?

INSPECTOR.- Yo, la verdad, ando un poco al margen de esas cosas y no sé calcular...

DANIEL.- Fantástico, señor... Son cuarenta duros diarios para alfileres...

INSPECTOR.- ¿Y para qué le hacen falta tantos alfileres?

DANIEL.- Es una expresión, Inspector. Quiere decir para teatros, para conciertos, para tés...

INSPECTOR.- ¡Ah, ya entiendo! Y cuarenta duros es una suma... fantástica, como usted dice, ¿no?

LUCÍA.- Fantástica, no, Inspector. Pero suficiente, sí.

INSPECTOR.- Y entonces, si está a cubierto de necesidades, ¿qué le induce a...?

DANIEL.- Con seguridad, sus vicios. Tengo la convicción de que juega al póker.

INSPECTOR.- ¿Qué es eso?

DANIEL.- Un juego de cartas...

INSPECTOR.- ¡Póker! ¡Qué nombre tan curioso!

DANIEL.- Yo no sé realmente por qué se llama así. Consiste, sencillamente, en... Verá, usted, Inspector se dan cinco cartas a cada jugador. ¿Comprende? Y entonces comienzan los envites. Póker es tener cuatro ases, por ejemplo, o cuatro reyes, vaya, cuatro cartas iguales.

INSPECTOR.- Y el que tiene cuatro ases es el que gana, ¿no?

DANIEL.- Claro.

LUCÍA.- (Aceradamente.) Si no hay quien lleve escalera de color.

DANIEL.- **(Turbado.)** Ah, desde luego.

INSPECTOR.- ¿Y eso cuesta cuarenta duros diarios? Me parece, carísimo.

LUCÍA.- Puedo asegurar que Graciela no juega al póker. Por lo menos, yo no la he visto jugar desde que estoy a su lado.

DANIEL.- Pues ya se nos dirá, si así es, para qué necesita asaltar la cartera de su enamorado.

LUCÍA.- Eso es achaque general en las mujeres.

DANIEL.- Pero no por el procedimiento de Graciela.

(En ese instante JAIME surge por el foro.)

JAIME.- **(Arrobado.)** ¡Graciela!

DANIEL.- **(Le imita burlescamente.)** ¡Graciela!

INSPECTOR.- Prudencia, Daniel.

JAIME.- Cuánto tiempo sin verla...

DANIEL.- ¡Si supieras cómo lo ha aprovechado!

GRACIELA.- No exagere, Jaime.

JAIME.- Sí, tres horas, cuatro, cinco, ¿verdad?

GRACIELA.- No, sólo tres minutos.

JAIME.- Pues horas me han parecido.

GRACIELA.- ¡Qué vehemente es usted, Jaime!

JAIME.- ¿No le gusta que sea así?

GRACIELA.- Sí, eso me gusta mucho en usted, Jaime.

JAIME.- Graciela...

(Le busca la mano, que GRACIELA no le rehúye. Entonces JAIME se la besa apasionadamente. Es un beso que JAIME prolonga cuanto puede. Un intento de GRACIELA para retirar su mano se advierte en seguida que no es muy sincero.)

GRACIELA.- Jaime, Jaime..., no sea niño. Ande, dígame, ¿arregló el ascensor?

JAIME.- Sí, ya funciona.

GRACIELA.- Qué éxito para usted, Jaime.

JAIME.- ¿Éxito?

GRACIELA.- ¿No le gusta lucirse ante mis ojos?

JAIME.- Pero no arreglando, ascensores, Graciela. Me gustaría ser tenor, torero, orador.... y verla a usted en el público y que todos me aplaudieran. Y yo desdeñar esos aplausos y ofrecérselos a usted, como un ramo de rosas.

GRACIELA.- ¡Qué bonito!

INSPECTOR.- ¿Funciona de verdad el ascensor o son historias?

(DANIEL va a hacer mutis por el foro para comprobarla, pero en este instante, suena el timbre y se interrumpe.)

DANIEL.- **(Categórico.)** Funciona.

JAIME.- Otra vez esta condenada portera...

(Y se va por el foro. No es la portera, naturalmente, sino la tía CLARA la que llega. Ahora se oye su voz.)

CLARA.- Jaime, hijo mío, ¡qué alegría!

JAIME.- ¡Tía Clara!

(GRACIELA, al oír estas palabras, se levanta como movida por un resorte y huye por la lateral izquierda. Se ha olvidado, sin embargo, el monedero en el diván y vuelve a recogerlo. Subsanado el olvido, desaparece velozmente, por la izquierda.)

CLARA.- ¿Cómo te encuentras, hijito, cómo te encuentras?

JAIME.- **(Grita para ser oído.)** ¡Muy bien, tía Clara!

CLARA.- Ay, Jaime, no des esas voces, que me deshaces el tímpano.

JAIME.- ¿Por qué había de encontrarme mal?

CLARA.- Si te contara, hijito... Pero, bueno, invítame a pasar, no me tengas aquí, como un pasmarón.

JAIME.- Pase, pase, tía Clara.

CLARA.- Si te oigo, Jaime. No tienes por qué gritarme...

(Y surge en escena la tía CLARA. Es una septuagenaria con la vitalidad de una mujer de 30. Viste de negro. Pelo blanco. Lentes y silbato colgados de un cordón al cuello. Bastón con puño de marfil y contera de goma. JAIME llega tras ella. Mira con timidez, sin saber si van a encontrarse con GRACIELA o si habrá huido. El no verla, le alivia de manera visible.)

JAIME.- Siéntese, tía Clara.

CLARA.- ¿Sentarme yo? Déjame que me mueva, que me he estado consumiendo un siglo en ese ascensor. Parecía endemoniado. **(Desfila delante del diván.)**

INSPECTOR.- Y lo era.

CLARA.- ¿Tú sabes? Figúrate que, a los pocos momentos de arrancar, cuando íbamos por el primer piso ó cosa así... ¡paf! **(Se detiene un segundo junto a la cómoda de la derecha para explicarle algo.)**

(MATEA, el guardián de la tía CLARA, llega por el foro. Es una mujer de unos veinticinco años, que viste como sus compañeros de profesión. Trae un aire de cansancio notorio.)

DANIEL.- ¿Qué hay, Matea? **(Con el ritualismo de una presentación.)**

INSPECTOR.- Matea, al servicio de la tía Clara. Lucía, al servicio de Graciela Sarabia.

(El INSPECTOR hace una inclinación de cabeza.)

LUCÍA.- Mucho gusto.

INSPECTOR.- ¿Le pasa a usted algo?

MATEA.- Con su venia, Inspector.

INSPECTOR.- Dígame, dígame.

MATEA.- Excúseme si aprovecho esta oportunidad para hacerle una reclamación, pero es que, verdaderamente, no puedo más.

INSPECTOR.- Hable, Matea, y explíqueme lo que le pasa.

(MATEA señala a la tía CLARA, que se dirige al ventanal, seguida de JAIME mientras le cuenta, con desmedidos ademanes, la epopeya del ascensor.)

MATEA.- ¿La ven ahora? Pues así está, sin parar, de la mañana a la noche, lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábados, domingos, enero, febrero, marzo...

INSPECTOR.- No siga, Matea, la entendemos perfectamente.

MATEA.- Y llega un momento, Inspector, en el que uno se rinde, falta de energías. Esto no es una señora, esto es una fuerza de la Naturaleza. Yo he servido a muchachas de veinticinco años y aun de menos, a una cantante de ópera y hasta, en una suplencia, a un general de Artillería, y le digo, Inspector, que la actividad que desplegaban eran tortas y pan pintado al lado de esta señora.

(La tía CLARA abandona el ventanal y pasa de nuevo delante del diván.)

JAIME.- Tía Clara, por lo que más quiera, siéntese y sosiéguese, que me marea, palabra.

(La tía CLARA interrumpe sus paseos y se sienta, pero lo hace de un modo súbito, con violencia, como si aun la decisión de sentarse tuviera que tomarla trepidantemente.)

MATEA.- Su sobrino lleva razón: marea. Y es que, Inspector, la tía Clara necesitaba una escolta doble. Nada una hora cada, mañana en la piscina del Lago, mató tres jabalíes en la finca de los Sánchez Mella hace dos semanas, bebe como un cosaco y no se pierde un partido de fútbol. Por si fuera poco, está en el tercer mes de bridge, que descubrió a últimos de primavera, y le dan las tantas de la madrugada con las cartas en la mano... Yo no puedo más, Inspector, y o no puedo.

INSPECTOR.- Bueno, Matea... ¿Habló usted de esto con el encargado de la Zona?

MATEA.- Nunca me atreví, Inspector.

INSPECTOR.- ¿Quién es?

MATEA.- Ezequiel es su nombre. Es un navarro. Proviene de Tudela, donde creó que fue presidente de la Palabra Culta.

INSPECTOR.- Yo le trasladaré su ruego. Déjeme antes conocer a este torbellino.

CLARA.- Ay, hijo, qué peso se me quita de encima.

JAIME.- Pero es que no puedo explicarme por qué...

CLARA.- Una corazonada, un presentimiento, que me asaltó de pronto, una voz interior, Jaime. Y que la oí con tanta claridad como te estoy oyendo ahora.

(LUCÍA mira al INSPECTOR enorgullecida.)

INSPECTOR.- Muy bien.

CLARA.- Ay, a esa criatura le ha sucedido algo, me dije. Y no quise saber más. Me eché a la calle, llamé a un taxi y aquí me tienes.

JAIME.- Es usted muy buena, tía.

CLARA.- ¿Cómo te imaginas que yo iba a estar tranquila, sin saber de ti?... Y el teléfono comunicando siempre, siempre...

JAIME.- Está estropeado, tía Clara. Lleva así desde el martes.

CLARA.- Pues, hijo, ni ocurrírseme...

JAIME.- Siento que se haya molestado, tía.

CLARA.- Calla, criatura, calla... Oye, ¿tienes coñac?

JAIME.- Sí... Creo que sí. Debe de haber... Yo bebo tan poco...

CLARA.- Es una torpeza, Jaime. Te lo vengo diciendo desde hace ya mucho, y tú erre que erre en que no. Eres tan terco como tu padre. Cuidado, que yo le habré aconsejado veces: Santiago, hale, un traguito, hombre... Y ni por esas. Total, que se le llevó la trampa al infeliz antes de cumplir los cuarenta y cinco.

JAIME.- Y si no me gusta, tía, ¿qué voy a hacerle?

CLARA.- No te gustarán las primeras copas, pero ya verás que pronto te aficionas. Y entonces, gloria pura... Hale, dame algo... ¿O voy yo? **(Hace ademán de levantarse de su asiento.)**

JAIME.- **(Atemorizado.)** No, no se mueva. Yo se lo traigo. **(Y se marcha, receloso, por la derecha.)**

CLARA.- ¿Qué coñac es?

JAIME.- Coñac Viriato.

CLARA.- Hijo, qué marca tan extraña.

JAIME. Sí, ya sabe que yo ni lo pruebo. Aquí hay una botella por si viene alguien.

CLARA.- Pues, hijo, eso es lo que te censuro. Porqué si fueras tú el que bebieses, allá tú. Pero siendo los demás los que se lo han de beber, valía la pena de que te preocuparas un poco del prójimo.

(JAIME sale con una botella en la mano y una copa.)

JAIME.- Para la próxima vez ya me preocuparé, tía. **(Le sirve un poco y se detiene.)**

CLARA.- Hale, sigue, ¿por qué te paras?

JAIME.- Creí que le bastaba.

CLARA.- No, a la vista está que no. **(JAIME le echa más coñac. Cierra la botella y se dispone a llevársela por la derecha.)** ¿A dónde te la llevas?

JAIME.- Perdóneme, creí que...

CLARA.- Déjala, déjala.

JAIME.- Sí, sí, como guste. **(JAIME deja la botella sobre la cómoda.)**

(CLARA se echa al coleteo, incontinenti, la copa entera. Acto seguido, y sin importarle demasiado que sea de mal tono, chasca los labios, para afilar su diagnóstico. Desde luego, pone mala cara.

Decididamente, ese coñac no le gusta.)

CLARA.- Caramba...

JAIME.- ¿Qué? ¿Malo?

CLARA.- Se han superado todos mis temores. Ya el llamarle Viriato a un coñac me inquietó un poco. Viriato debía ser un ordinario tremendo.

JAIME.- Tía, no le insulte. Fue uno de los héroes de nuestra independencia.

CLARA.- Bien. Que den su nombre a un acorazado, y estoy segura de que no habrá quién lo hunda. Pero se lo han dado a un coñac, y no hay quien lo pruebe.

JAIME.- ¿Y no hay un coñac que se llama Napoleón?

CLARA.- Sí, pero se refiere al Napoleón que vivió en las Tullerías y no al galopín de las batallas...

JAIME.- Napoleón no fue un galopín, tía Clara.

CLARA.- Desengáñate, Jaime, lo mejor que hizo Napoleón fue el coñac. (JAIME **que está un poco nervioso, intenta evadirse por la izquierda a ver qué es lo que le sucede a GRACIELA.**) ¿Dónde vas, Jaime?,

JAIME.- A ningún lado, tía.

CLARA.- Sirve un poco más. Aunque sea Viriato.

(JAIME **se lo sirve, ahora con mayor prodigalidad que antes.**)

INSPECTOR.- Bueno, esto me parece consolidado; ¿qué hora es?

DANIEL.- Son las seis.

INSPECTOR.- ¿A qué hora sale el tren?

DANIEL.- A las diecinueve y quince.

INSPECTOR.- (**Satisfecho.**) ¿Cantaremos victoria, Daniel?

DANIEL.- Inspector: sus decisiones fueron muy sabias, y gracias a ellas es posible que no hayamos de lamentar sirio infracciones de pensamiento.

INSPECTOR.- (A MATEA.) ¿Qué calcula usted que permanecerá aquí la tía Clara?

MATEA.- Inspector: yo no quisiera ser derrotista, pero, si algo caracteriza a la tía Clara, es su movilidad. Entre sus amigas es conocida por un remoquete, bastante gracioso, que alude a una cancioncilla en boga. La llaman «Cinco minutos nada más». Es el plazo que acostumbra a estar en cada sitio.

(**La tía CLARA ha terminado de beber la segunda copa de coñac.**)

CLARA.- Dame otra copa. (JAIME **va a llenarle el vaso.**) No, no, digo que me traigas otra copa diferente.

JAIME.- Pero, tía Clara, ¿no le basta con una?

CLARA.- (**Terminante.**) ¡Obedece!

(JAIME **hace mutis por la derecha. Bajo la mirada protectora de los ángeles, son los demonios, en realidad, quienes se lo llevan.**)

MATEA.- Hemos tenido la gran suerte de que se hubiera suspendido una partida de bridge anunciada para las seis.

INSPECTOR.- Por fortuna, todo fue bien.

MATEA.- Sí, realmente.

INSPECTOR.- En consecuencia, estimo que, pasada la crisis y vencida, puedo ya retirarme.

DANIEL.- Yo le suplico, Inspector...

INSPECTOR.- Si yo le enseñara mi agenda, amigo mío, comprendería bien cuántos casos y qué delicados esperan mi intervención.

DANIEL.- Sí, pero este...

INSPECTOR.- La tía Clara no parece dispuesta a marcharse.

MATEA.- Qué sé yo... Si el coñac fuera de otra marca, tal vez yo me sentiría más tranquila. Pero siendo Viriato...

INSPECTOR.- **(A DANIEL. Reprobador.)** Y, verdaderamente, ¿por qué tiene Jaime un coñac tan malo como dicen, Daniel?

DANIEL.- No sé qué contestarle, Inspector... Ya oyó a Jaime.

INSPECTOR.- Bah, de todas formas, yo creo que la tía Clara se queda aquí un buen rato. Y que, cuando se vaya, no habrá que temer nada... Esto sí, llame a Lucía. Sepamos qué pasa ahí.

(DANIEL hace mutis por la izquierda. Simultáneamente JAIME, con otra copa, surge por la derecha.)

CLARA.- Trae. **(Echa ella misma una cantidad discrecional de coñac en la segunda copa.)** Bebe.

JAIME.- ¿Yo, tía?

CLARA.- Sí, tú.

JAIME.- Pero si no me gusta.

CLARA.- Te lo ordeno.

(JAIME finge beber, pero arroja al suelo el contenido de la copa, sin que su tía lo advierta.)

LUCÍA.- **(Por la izquierda. Con DANIEL.)** Mándeme, Inspector.

INSPECTOR.- ¿Qué es de Graciela?

LUCÍA.- Está preocupadísima porque ve que se le hace tarde y busca la manera de marcharse.

INSPECTOR.- Ya... Sólo tiene esta salida la casa y no es posible que, mientras siga aquí la tía Clara ella escape...

LUCÍA.- Así es.

INSPECTOR.- La presencia de la tía Clara nos conviene. Ahora bien: lo esencial es que se vaya Graciela. Si la tía Clara se marchase, Graciela, sin duda ninguna, se quedaría con Jaime.

DANIEL.- Y entonces, vuelta a empezar...

LUCÍA.- **(Que no pierde de vista el lateral izquierdo.)** ¡Ojo! Graciela ha tomado una decisión.

INSPECTOR.- ¿Cuál?

(LUCÍA va a responderle, pero en este instante el teléfono comienza a sonar. El INSPECTOR, DANIEL y LUCÍA se acercan a él, sorprendidos.)

CLARA.- ¿No decías que el teléfono estaba estropeado?

JAIME.- Sí, desde hace tres días.

CLARA.- Pues ha sonado repentinamente.

INSPECTOR.- Lo han sanado.

DANIEL.- ¿Qué quiere dar a entender, Inspector?

INSPECTOR.- Atención: mucho me temo que esté en juego la mano del Maligno.

CLARA.- Anda, no te quedes pasmado; vete al teléfono.

(JAIME va al teléfono. El INSPECTOR, DANIEL y LUCÍA han formado corro en torno a él: dejaron el espacio justo para que JAIME se acercara al aparato y lo descolgara.)

JAIME.- ¿Quién llama?... Sí, sí, aquí está la señora viuda de Visconti... ¿Desea hablar con ella?... ¿De parte de quién?... Ah, para darle un recado... Espere un momento; ahora viene. **(Transición.)** Tía Clara, la llaman al aparato.

CLARA.- ¿A mí?

JAIME.- Sí, así dicen.

CLARA.- ¡Qué extraño!

JAIME.- ¿Avisó a alguien que venía a verme?

CLARA.- No sé si al salir de casa, pero no recuerdo. **(Mientras CLARA va al teléfono, JAIME se dispone a marcharse por la izquierda. Pero casi se da un encontronazo con GRACIELA, que se ha puesto el abrigo de la doncella y que, con un capacho al brazo, se dispone a forzar el bloqueo de la tía CLARA. La tía CLARA, a todo esto, ha descolgado el teléfono.)** Soy la señora de Visconti, ¿quién es usted?

GRACIELA.- Buenas tardes. **(E inicia el mutis por el foro. CLARA repite a GRACIELA la pregunta que había hecho a su interlocutor telefónico.)**

CLARA.- ¿Quién es usted? **(GRACIELA finge desentenderse de semejante requerimiento, como si no le afectara para nada. CLARA a GRACIELA, de inequívoca manera.)** ¿Quién es usted?

GRACIELA.- **(Se detiene.)** Soy la doncella, señora; que voy a recoger unos cuellos del señorito.

CLARA.- Espérese un momento. **(Y, velis nolis, la inmoviliza con autoritaria mirada, en el umbral de la puerta. Ahora, de nuevo, al teléfono.)** ¿Quién es usted?... Ah, sí..., sí. Le escucho.

INSPECTOR.- No hay duda. La mano del Maligno anda en todo esto. Han conseguido organizar la partida de bridge que se había suspendido y avisan a la tía Clara para que, sin pérdida de tiempo, vaya a Ferraz, 14.

DANIEL.- ¿Es posible?

INSPECTOR.- El Maligno ha comprendido, como nosotros, que la tía Clara era un seguro de virtud para Graciela y Jaime y nos lo arrebató arteramente. ¡Malvado!

CLARA.- Pobre, pobre... ¡Qué tremendo!

DANIEL.- ¿Y por qué dice pobre, pobre?

INSPECTOR.- Se conoce que quiere ocultar a su sobrino las verdaderas causas por las que se dispone a irse y pretende contarle cualquier historia trágica.

CLARA.- Pobre, pobre...

INSPECTOR.- ¡Qué farsante!

CLARA.- Que no se preocupen. Y que cuenten conmigo, incondicionalmente. Sí, sí. Comuníquese así a la señora marquesa. Adiós. **(Cuelga el auricular.)**

JAIME.- ¿Sucede algo, tía Clara?

CLARA. - No, no... **(Se dirige, los lentes calados, a GRACIELA, que afronta, con bastante temple, los rigores de la inspección a que se la somete.)** ¿Y usted es la doncella?

GRACIELA.- Sí, señora.

CLARA.- ¿Ya no tienes a Julia?

JAIME. ¿A Julia? Qué disparate... Se despidió hace días...

CLARA.- Vaya, vaya... Pues bien. **(La reconoce detenidamente.)** Pero que muy bien. ¿A dónde se dirige usted, joven?

GRACIELA.- A recoger los cuellos del señorito.

CLARA.- Pues adelante, adelante.

GRACIELA.- Usted me manda, señora.

CLARA.- Adiós, adiós.

GRACIELA.- Buenas tardes. **(Y hace mutis por el foro. La tía CLARA se queda mirándola.)**

LUCÍA.- ¿Desea alguna cosa, Inspector?

INSPECTOR.- Nada, a la Estación del Norte, a paso de carga.

LUCÍA.- Se procurará. Adiós, Daniel. Que pase buen invierno.

DANIEL.- Igualmente.

LUCÍA.- No será fácil. Pontevedra es muy húmedo. **(Y hace mutis tras GRACIELA.)**

CLARA.- Oye, muchacho, menuda criadita te has echado.

JAIME.- ¡Tía Clara!

CLARA.- Chico, sencillamente estupenda.

JAIME.- Pero, tía...

CLARA.- Escucha, sobrino. Te voy a dar mi impresión personal, de hombre a hombre. Ahí tienes plan.

JAIME.- Bueno, basta tía. ¿Qué le contaron por teléfono?

CLARA.- Huy, una desdicha... Que el cuñado de una amiga mía, fíjate, que está con una pierna rota y que si no nos importa hacerle compañía, que van otros dos amigos más... y que nos reuniremos los cuatro.

JAIME.- ¡Qué mala suerte! **(Iluminado.)** Y entonces, ¿es que se va a marchar?

CLARA.- Mucho me molesta, pero no me queda otro, remedio.

MATEA.- Es un caso.

(JAIME hace mutis, fulminantemente, por el foro. Se le oye abrir la puerta y gritar desde dentro.)

JAIME.- ¡Oiga, oiga...!

CLARA.- ¿Qué te sucede? ¿Se te olvidó algo?

INSPECTOR.- Por fortuna, está en la calle ya, y no puede escucharle.

(JAIME retorna a escena, contrariado.)

CLARA.- ¿Querías darle algún recado?..

JAIME.- Sí, pero no la alcancé.

CLARA.- (**Maliciosa.**) Ya tendrás tiempo de dárselo.

JAIME.- ¡Tía Clara!

CLARA.- Basta, sobrino, basta. Y escúchame. Mis presentimientos de que tú te encontrabas malo, han sido de tal fuerza, que yo no me puedo desentender de ellos. Que a ti te ronda algo, es indudable. Por tanto, lo más sensato es que te coja prevenido. Con que vas a jurarme que te tomas unas aspirinas, que te metes en la cama y que no te levantas hasta mañana.

(Se le acerca.)

MATEA.- Señora: no se jura por pequeñeces de esas.

JAIME.- (**Como si la mordiera.**) Se lo juro. (**Sólo que JAIME monta el dedo corazón sobre el índice para invalidar su juramento.**)

MATEA.- Y tú también, Jaime.

DANIEL.- Fíjese lo que está haciendo con los dedos.

MATEA.- Aun así...

CLARA.- Pues entonces, adiós, Jaime.

JAIME.- Adiós, tía. Y muchas gracias por su interés.

CLARA.- No me lo agradezcas. Es mi deber. ¡Ah! (**Se detiene en el umbral de la puerta.**) Ya sabrás que el jueves salgo para seguir la Vuelta Ciclista al País Vasco.

JAIME.- (**Sin que se le importe nada de la noticia.**) Caramba... No sabía.

(CLARA hace mutis, seguida de JAIME por el foro.)

MATEA.- Inspector: ha sido para mí un honor conocerle. Y le suplico que no eche en olvido lo que, le expuse antes.

INSPECTOR.- Lo tendré muy presente, Matea.

MATEA.- Ahora, bridge hasta que amanezca.

DANIEL.- Suerte, compañera.

MATEA.- Muy reconocida. Supongo que, dentro de un cuarto de hora, telefonaremos para saber si se acostó o no Jaime.

DANIEL.- Encantado.

(MATEA hace mutis.)

INSPECTOR.- Adiós, Daniel. Celebro mucho que hayamos salido

con bien y derrotado al Maligno.

DANIEL.- Su estrategia, Inspector, es la que se ha apuntado el triunfo.

INSPECTOR.- Buenas tardes, Daniel.

DANIEL.- Siempre a sus órdenes.

(Y el INSPECTOR hace mutis, igualmente, por el foro. JAIME regresa a escena.)

JAIME.- ¡Vieja bruja! Venir en el momento mejor.. La mano de Graciela se abrigaba en las mías... ¡Qué tibieza de pájaro..., qué dulce latido el de su pulso!... Y en ese instante..., bruja vieja., la tía Clara. Y pensar que soy yo el que arregló el ascensor en que subía... De suponerlo habría cortado los cables.

DANIEL.- Por favor, Jaime.

JAIME.- Y el ascensor, pum, al suelo... Y mañana, la Sesión de la junta Nacional de Deportes, se levantaría en, señal de duelo... ¡Qué maravilla! **(Se pasea por la estancia.)** Meterme en cama... ¿Habría estupidez? Todo porque tuvo el presentimiento de que me iba a pasar algo... ¡Si es para tirarse de los pelos! Cuando Graciela... ¡Oh, si me estalla el corazón de pensarlo!, iba quizá a confesarme... Porque ya me había dicho: «Sí, me gusta mucho que sea usted vehemente...» ¡Qué maravilla! Que le gustaba yo, yo, por ser vehemente... Y ¡paf!, la bruja que toca el timbre y yo, infeliz de mí, que abro... ¡Es para tirarse de los pelos, palabra, y no dejarse uno! **(Intenta arrancárselos, desesperado.)**

DANIEL.- Vamos, Jaime, vamos... Te convendría salir un poco.

JAIME.- ¡Graciela mía!... ¡Y hoy pasarás la noche en Valladolid! Y la siguiente en Pontevedra... Y no podré verte en todo el invierno... Graciela te quiero tanto...

DANIEL.- Calma, muchacho, calma.

JAIME.- Sólo si quemará la casa de mi tía. Si la viera arder entre sus copas de golf y sus raquetas de tenis, me sentiría aliviado.

DANIEL.- No barbarices, hombre. La tía Clara te adora; tú serás su heredero.

JAIME.- Ni diez millones de pesetas me compensan de la hora que me ha robado. ¡Graciela, Graciela!... **(Hace mutis por la derecha.)**

(En este momento, GRACIELA, entre el INSPECTOR y LUCÍA, surge por la puerta del foro. GRACIELA trae, en la mano el abrigo y el capacho de JULIA, que lanza ágilmente sobre el diván.)

DANIEL.- **(Con la melancolía de quien afronta lo irremediable.)** Y, al fin y al cabo, esa hora comienza para ti de nuevo.

INSPECTOR.- **(En un tono de comprensión y amargura.)** El Maligno aconsejó a Graciela que espicara la salida de la tía Clara. Después, volvió a abrirle la puerta, como la primera vez.

DANIEL.- Esta vez fue, una ayuda innecesaria. Jaime se la habría abierto igual.

INSPECTOR.- Mala suerte.

(JAIME regresa por la derecha.)

GRACIELA.- ¡Jaime!

JAIME.- (Como si soñara.) ¡Graciela!...

GRACIELA.- ¡Jaime!

JAIME.- ¡Graciela!

(No se atreve a dar crédito a sus ojos. Pero GRACIELA le aguarda, con los brazos abiertos, y JAIME corre a refugiarse en ellos. Hay una pausa.)

INSPECTOR.- (Con voz firme y serena.) ¿Quieren tomar nota, Lucía y Daniel?

LOS DOS.- Sí.

INSPECTOR.- (Les convoca en el primer término derecha.) Pues atención... «En la Villa de Madrid, a 14 de octubre de 1949, en presencia de los Guardianes Lucía y Daniel, y ante la incidental del Inspector de la Zona, Jaime Samaniego, mayor de edad, arquitecto, soltero, y Graciela Abreu de Sarabia, mayor de edad, profesión... sus labores, casada, incurrieron en infracciones de tercer grado de los cánones números 2.354, 4.670, 786...»

(GRACIELA y JAIME continúan estrechamente abrazados, detrás del diván, mientras cae el...)

TELÓN

Acto III

△

El mismo decorado del acto anterior, amigos empresarios. Y la misma escena.

GRACIELA y JAIME siguen abrazados, como al final del segundo acto. Y el INSPECTOR concluye la redacción del Parte de Infracciones, que iniciara momentos, antes de caer el telón.

INSPECTOR.- «... No es fácil determinar a quién corresponde la responsabilidad principal en las infracciones que se reseñan. Ha de ser tenida en cuenta, por un lado, la decisión de Graciela de presentarse, en un alarde de lamentable audacia, en el domicilio de Jaime, pero servirá para mitigar la culpa que por ese gesto le cupiera, la circunstancia de que, durante mucho tiempo, él la cortejó tenazmente. Estimamos, en consecuencia, que no es de justicia hacer ningún especial pronunciamiento por lo que a uno u otro se refiere, y, en su virtud, a los efectos oportunos y con el fin de que conste en el Libro de la Vida de los interesados, levantamos la presente acta verbal..., etcétera, etcétera, ¿Comprendido?

DANIEL.- Sí, Inspector.

INSPECTOR.- Regístrenla por duplicado, en la forma acostumbrada.

LUCÍA.- Sí, Inspector.

INSPECTOR.- Con una inexperiencia de neófitos, supusimos conjurados todos los riesgos. La realidad nos ha demostrado cuán grave era nuestro error.

DANIEL.- Cierto.

INSPECTOR.- ¿Confían ustedes en el próximo arrepentimiento de sus pupilos?

DANIEL.- **(Los mira fríamente, abrazados todavía.)** Es pronto aún para advertir los síntomas.

LUCÍA.- Graciela, una vez alejada de Jaime...

DANIEL.- Mejor sería decir: Jaime, una vez alejado de Graciela...

INSPECTOR.- Alejados mutuamente.

(Cesa, ahora, el abrazo de los dos enamorados.)

GRACIELA.- Jaime...

JAIME.- Graciela... **(Se prenden de las manos y se miran con arrobo.)** ¿Me quiere?

GRACIELA.- No lo sé todavía.

DANIEL.- Es tardía para enterarse.

JAIME.- ¿Cuándo lo sabrá?

GRACIELA.- **(Con coquetería.)** A mi regreso de Pontevedra.

JAIME.- ¡Ah, no sea cruel! Meses y meses separados y con la incertidumbre de si me quiere o si no me quiere...

GRACIELA.- Yo no sería pesimista.

JAIME.- Graciela...

GRACIELA.- Jaime... **(Se aproximan de nuevo. Con certeza, se van a besar otra vez.)**

JAIME.- Mi amor...

GRACIELA.- **(Se desprende de JAIME y le lleva a la rotonda, donde, tiernamente, le invita a que se siente.)** Nos quedan pocos minutos de estar juntos y tenemos que hablar de muchas cosas, Jaime, antes de despedirnos.

(En este instante surge en la puerta del foro LUCAS. Es, como DANIEL y LUCÍA miembro de la misma milicia, con análoga jerarquía, y viste a su igual. LUCAS aparenta unos cuarenta y cinco años. Es un hombre vigoroso.)

LUCÍA.- ¡Lucas!

LUCAS.- ¿Sois vos el Inspector?

INSPECTOR.- Sí.

LUCAS.- Buenas tardes, Daniel.

DANIEL.- **(De vencedor a vencido, pero con la cortesía del marqués, de Spínola en el cuadro de las Lanzas.)** Buenas tardes, Lucas.

LUCAS.- Soy Lucas, al servicio de Pascual Sarabia.

INSPECTOR.- ¿Pascual Sarabia?

DANIEL.- El marido de Graciela.

LUCAS.- La presentación no es exacta, pero da lo mismo. Traigo una noticia grave. Pascual Sarabia está a punto de llegar.

INSPECTOR.- ¿Cómo es eso?

LUCAS.- Ha salido hace veinte minutos de la Colonia Iturbe, a la busca de un taxi. Es, sin duda, el Maligno quien le ha proporcionado uno, y de los nuevos, en la Ronda, por donde nunca pasan. Yo me he adelantado para advertirles de su llegada.

INSPECTOR.- ¿Y por qué viene? ¿Se ha enterado de algo?

LUCAS.- Sobre ese extremo carezco de información precisa.

INSPECTOR.- Bien. ¿Y usted qué teme?

LUCAS.- Una catástrofe, señor. El temperamento de Pascual es de una enorme violencia. Sus reacciones, al saberse burlado, me preocupan hondamente.

INSPECTOR.- Pero, entendámonos: ¿a qué clase de reacciones se refiere usted?

LUCAS.- A las peores, Inspector.

INSPECTOR.- ¿Teme usted la agresión material?

LUCAS.- Desde luego.

INSPECTOR.- Dirigida, ¿contra quién?

LUCAS.- Eso ya me resulta más difícil de predecir.

DANIEL.- Contra Graciela, supongo. Es lo lógico.

LUCÍA.- No sé por qué. Sin Jaime no habría sucedido nada.

DANIEL.- Con quien haya sucedido, tiene para Pascual poca importancia. Lo que a él le duele es la versatilidad de Graciela, no la avilantez de Jaime.

INSPECTOR.- Cállense. Los dos son responsables, a partes iguales, de su nefando pecado. Y, dígame, Lucas, ¿qué tipo de agresión augura usted? El puñetazo, claro.

LUCAS.- No, no. Si así fuera; no valdría la pena de que me hubiera anticipado a avisarles. **(Subrayadamente.)** El pistoletazo.

INSPECTOR.- No, Lucas, no.

(LUCÍA y DANIEL se acercan, instintivamente, a sus pupilos, como si pudieran protegerles.)

LUCAS.- Créame, Inspector. Conozco a Pascual...

INSPECTOR.- ¿Y qué le sucede a Pascual?

LUCAS.- Que es un hombre de presa, que se ha ganado siempre la vida luchando a brazo partido, y que es capaz de provocar cualquier catástrofe.

INSPECTOR.- ¿De dónde es Pascual?

LUCAS.- El nació en Alcoy. Sus padres son de La Rioja.

INSPECTOR.- **(Se pasea; disertativo, en primer término.)** Lucas: yo no afirmo que no se realicen sus temibles predicciones. Cada hombre es como es, y donde menos se piensa surge el drama. Yo no creo en las estadísticas que, claro está, no bastan nunca a destruir ni encasillar la

vida, tan varia, tan múltiple; pero que tienen un valor indiciario muy grande, no puede discutirse. Es en ellas en las que me apoyo para esperar, sin demasiada zozobra, lo que suceda cuando llegue Pascual.

LUCAS.- ¿Y qué dicen las estadísticas, Inspector?

INSPECTOR.- Año por año vienen acusando un descenso visible en lo que pudiéramos llamar crímenes pasionales. A fines del siglo XIX se dispararon en la Península Ibérica, comprendido Portugal, cincuenta y cuatro pistolazos por motivos de esa índole. Eran tiempos en que las relaciones conyugales atravesaban una crisis de sensibilidad muy acusada y en los que, frecuentemente, la pistola mostraba la sorpresa de su dueño; ante ciertas ingratas situaciones, con uno, dos o tres disparos. Sin embargo, desde entonces ha pasado agua y agua bajo los puentes, como suele decirse, y hogaño no es antaño. La moral media de los hombres de hoy no difiere gran cosa de la de sus abuelos o de sus tatarabuelos, pero su espíritu propende a resolver la crisis a que aludo, no con la vindicadora pistola en la mano, sino con el guante blanco de la inhibición o de la tolerancia. Esto se lo confió a ustedes en secreto. Y pienso que no sería prudente que alguien -orador, articulista o dramaturgo- se atreviera a decírselo en público a los interesados. Por lo demás, de la templanza actual sólo tenemos razones para felicitarnos. Aquellos crímenes, la mayoría de las ocasiones, los cometía la vanidad herida y no el amor burlado.

LUCAS.- Inspector, a vuestra sabiduría no se le oculta nada. Ha estudiado las costumbres y las leyes y basa en las estadísticas sus pronósticos. Yo no sabía ni que existieran, pero conozco a Pascual.

INSPECTOR.- Bien, ¿y qué?

LUCAS.- Pascual, Inspector, y dispensadme la expresión, es un pedazo de bestia como no he visto otro.

INSPECTOR.- Fuerte es el dibujo, Lucas.

LUCAS.- Llevo a su lado largo tiempo y le he visto conducirse, en distintas ocasiones, como un verdadero bruto; tirando a simpático, pero bruto. De ahí que tiemble al pensar de qué forma se comportará ahora.

INSPECTOR.- Estese tranquilo, Lucas.

LUCAS.- Tranquilo ha de serme difícil, Inspector, aunque lo procure.

INSPECTOR.- Ya verá, ya verá: todo ira bien. Lucía y Daniel, ¿no comparten mis puntos de vista?

LUCÍA.- Yo, Inspector, confío en que los hechos le den la razón.

INSPECTOR.- ¿Y Daniel?

DANIEL.- Un poco preocupado, sí me encuentro, Inspector.

(Suena el timbre.)

INSPECTOR.- **(Se refiere al timbre.)** Dentro de unos segundos sabremos a qué atenernos. **(Una ráfaga de expectación cunde por la escena.)** ¿Es Pascual, no?

LUCAS.- Sí, Inspector.

GRACIELA.- ¿Quién será?

JAIME.- Debe ser el chico de los periódicos. **(Hace ademán de ir a**

abrirle.)

DANIEL.- También tú, hijo, tienes un olfato...

GRACIELA.- No abra, Jaime.

JAIME.- Seguramente los echará por debajo de la puerta si no le contestamos. **(Segundo timbrazo, largo e insistente. JAIME no le presta atención ninguna.)** Y si yo un día, de pronto; tomase, el tren y me presentara en Pontevedra, ¿eh? ¿Le agradaría?

GRACIELA.- Mucho, Jaime. Pero eso es imposible. Usted no conoce Pontevedra.

(Tercer timbrazo, seguido de general repiqué y manotazos en la puerta.)

JAIME.- ¡Caramba! El de los periódicos no es.

PASCUAL.- ¡Abran! ¡Con dos mil pares de a caballo!

GRACIELA.- **(Estremecida.)** ¡Jaime! ¡¡Es Pascual!!

JAIME.- ¡Zambomba!

GRACIELA.- ¿Qué hacemos?

JAIME.- No sé... Por de pronto, no contestar, a ver si cree que no hay nadie.

GRACIELA.- ¡Usted no sabe cómo es: tirará la puerta!

PASCUAL.- ¡Abran o tiro la puerta!

JAIME.- Exacto, lo que decía.

GRACIELA.- Abra, no se encohere.

JAIME.- ¿Y usted qué va a hacer?

GRACIELA.- No sé si esconderme o afrontas la situación aquí mismo. Pero, no se preocupe. Usted abra.

(Los timbrazos y los golpes en la puerta arrecian espantosamente.)

JAIME.- Bien, bien.

(LUCAS ha hecho mutis. DANIEL se sitúa al costado de JAIME resuelto a no despegarse de su lado por ningún motivo.)

GRACIELA.- Hale...

JAIME.- **(Desde el umbral de la puerta del foro, en voz alta.)** ¿Llaman?

PASCUAL.- **(Como un trueno.)** ¡Creo que sí!

(JAIME va a abrir la puerta, pero, en este instante, suena el teléfono.)

JAIME.- Un momento, por favor... **(Y va, sin saber exactamente por qué, hacia el teléfono.)** Sí... Sí, soy yo, tía Clara... Sí, sí, estoy sudando como usted quería, y muchísimo... Sus presentimientos no le engañaban... Sí, sí, será la aspirina... Espere que llaman a la puerta... Perdona, tía Clara... **(Y hace mutis por el foro. GRACIELA, a la que LUCÍA sigue, como DANIEL a JAIME, igual que la sombra al cuerpo, después de varias cómicas vacilaciones, en zig zag, por la escena, acaba refugiándose en la lateral izquierda, que ya le es casi familiar. Se oye a JAIME abrir la puerta.)** ¡Ah!... ¿Es usted? ¿Llevaba llamando

mucho tiempo?

INSPECTOR.- ¡Qué lamentable pregunta, hijo mío!

PASCUAL.- Sí, soy yo. Se sorprende, ¿no? **(Suenan dos disparos.)**

INSPECTOR.- ¡Qué barbaridad! **(Inicia el mutis por el foro. En su umbral se cruza con LUCAS.)**

LUCAS.- ¡Para que se fíe de las estadísticas! **(GRACIELA, lívida, reaparece en la lateral izquierda. Simultáneamente con ella, PASCUAL por el foro. Es un hombre malencarado, de torva expresión, de aire rudo. Si la moral se sujetara a leyes de estética, lo que está aconteciendo sería perfectamente disculpable. LUCAS se sitúa a su costado.)** Modérate, Pascual, modérate.

GRACIELA.- ¿Qué has hecho?

LUCAS.- Modérate, Pascual, modérate. **(Le habla en un tono que la reiteración hace monocorde.)**

PASCUAL.- Lo mismo que voy a hacer contigo.

LUCAS.- Modérate, Pascual, modérate.

GRACIELA.- **(Se asoma a la puerta del foro.)** ¡¡¡Ay!!! ¡Asesino!

PASCUAL.- **(Intenta disparar sobre ella, pero el revólver le falla. Lo examina.)** ¡Maldición! El peine vacío.

INSPECTOR.- **(Por el foro.)** ¿Qué hay?

LUCAS.- Afortunadamente, venía casi sin municiones.

PASCUAL.- **(Amenazador.)** No lo roces, si no quieres que te ahogue con las manos.

GRACIELA.- ¡Monstruo!

PASCUAL.- ¿Qué has venido a hacer a esta casa?

GRACIELA.- Vine a hablar con Jaime de lo de Marín, que es arquitecto.

PASCUAL.- ¡Que era!

LUCAS.- Modérate, Pascual, modérate.

PASCUAL.- Habrás robado, según tu costumbre, ¿no?

GRACIELA.- ¡Pascual!

(PASCUAL va, sobre seguro, al seno izquierdo y saca de él los billetes que se había guardado antes. DANIEL asoma en este instante por el foro.)

PASCUAL.- Claro, estaba visto. **(A continuación busca en el bolso y encuentra el encendedor. Billetes y encendedor se los guarda él.)**

INSPECTOR.- Ahora entiendo: es cleptómana.

LUCAS.- ¿Qué es eso, Inspector?

INSPECTOR.- Tiene la manía de robar.

LUCAS.- Una manía muy difundida, Inspector.

PASCUAL. ¡Sal de esta casa!

LUCAS.- Modérate, Pascual, modérate.

GRACIELA.- ¡No me da la gana!

PASCUAL.- Sal o...

GRACIELA.- ... ¿o qué? Tú no puedes obligarme a nada; tú no eres mi marido.

INSPECTOR.- (A LUCAS.) Pero, ¿no era el marido?

LUCAS.- Ya le advertí a Daniel que la presentación que hacía de mí no era exacta, sólo que no me dieron tiempo de explicarme.

INSPECTOR.- Eso se avisa, Lucas, se avisa... Las estadísticas, de que le hablaba antes, iban referidas solamente a los maridos.

PASCUAL.- Mira, Graciela, que...

GRACIELA.- No tienes autoridad para exigirme que te siga y menos después de haber asesinado a un inocente. (DANIEL **hace mutis de nuevo por el foro.**) Ya estoy harta de soportar, tus violencias, y me pesan tantos años de farsa y de simulación a los ojos de todos. Bien está que hayas destrozado mi vida, pero esto se ha concluido.

LUCAS.- Modérate, Pascual, modérate.

PASCUAL.- Como me llamo Pascual Sarabia, tú saldrás, ahora mismo de esta casa.

GRACIELA.- Primero vendrá la policía y te meterá en la cárcel.

PASCUAL.- Fuera Graciela, sin replicarme o...

GRACIELA.- Déjame ver, por última vez, a Jaime.

PASCUAL.- ¡Fuera, si no quieres seguir su misma suerte!

GRACIELA.- ¡Malvado! ¡Has de pagar caras tus villanías!

(PASCUAL **la expulsa, a empellones, de la escena. LUCÍA ha permanecido, mientras duró este diálogo; cosida, materialmente, a GRACIELA.**)

LUCÍA.- (Al INSPECTOR.) ¿Manda algo, Inspector?

INSPECTOR.- Buena suerte, Lucía.

LUCÍA.- (A DANIEL, **que viene por el foro.**) Siento como cosa propia, Daniel... (Y le **aprieta la mano, con el formulismo de un pésame.**)

LUCAS.- A sus órdenes Inspector.

INSPECTOR.- De parte inmediatamente de lo sucedido.

LUCAS.- Disculpe, los malos modos que haya habido, Daniel. (Ahora dirige a los dos sus **palabras finales, como si ellas encerrarán la clave de lo sucedido.**) Ya se lo advertí a tiempo: bastante bruto, y esta vez menos simpático que otras. (Corre tras su pupilo.)

INSPECTOR.- (Después de una pausa.) Bueno. Y ahora, ¿qué va a pasar?

DANIEL.- No sé exactamente.

INSPECTOR.- ¿Usted conocía a Pascual?

DANIEL.- Un día tomamos el té juntos.

INSPECTOR.- ¿Y cómo es Pascual... así, normalmente, vamos?

DANIEL.- Normalmente, como ahora. Tiene una normalidad muy anormal.

INSPECTOR.- ¿Usted creía también que eran marido y mujer?

DANIEL.- Pues... sí. Y Lucía. Ahora habrá ido a la Oficina de Informaciones, a enterarse de todo. Y Jaime desde luego, no lo dudó jamás.

INSPECTOR.- Los disparos, ¿no los habrá oído nadie?

DANIEL.- Supongo que no.

INSPECTOR.- ¿Y Jaime?

(JAIME aparece en la puerta del foro. Se ha quitado la americana y se ha compuesto con un pañuelo un cabestrillo, en el que descansa el brazo izquierdo. Otro pañuelo, ensangrentado discretamente, le venda la muñeca. JAIME se detiene un segundo en el umbral.)

DANIEL.- Pues ahí le tiene. El reloj de pulsera le ha salvado la vida.

INSPECTOR.- ¿El reloj de pulsera?... Vamos, vamos. No sea usted modesto. **(Transición.)** Mire, se dirige al teléfono.

(JAIME, en efecto, cuelga el teléfono y se sienta en el diván, abstraído.)

DANIEL.- Se olvidó de colgarlo cuando habló con su tía Clara. Esa sí debió oír los tiros. ¡Pobre Jaime! Acaba de producirse en su espíritu una crisis terrible. Mientras caía herido se ha enterado, con seguridad, de varias cosas que ignoraba: una, que Graciela le había robado; otra, que estaba soltera y no casada... Véale: Ahora busca las seiscientas pesetas, sin dar con ellas, dicho sea de paso. **(JAIME lo hace así.)**

INSPECTOR.- No las encontrará. Pascual se las guardó en el bolsillo. ¿Lo hizo inadvertidamente? ¡*Chi lo sa!*

DANIEL.- En todo caso, le importan muy poco. Véale, Inspector, cómo se alza de hombros. Saca un cigarrillo, se dispone a fumarlo... Busca el encendedor de mesa.

INSPECTOR.- También se quedó con él Pascual.

DANIEL.- ¿Inadvertidamente?

INSPECTOR.- Daniel, me abstengo de pensar mal; pero, sí, el caso es sospechoso.

DANIEL.- ¡Eh! Ved cómo Jaime se desentiende de esa pequeñez y utiliza las cerillas. Piensa en Graciela.

INSPECTOR.- ¿Usted le cree muy enamorado de ella?

DANIEL.- Pues, sí.

INSPECTOR.- En confianza: ¿Jaime, no es un poco inflamable?

DANIEL.- No, no... Sólo tres veces en su vida, antes de ahora, estuvo enamoradillo. Una de la hermana de Nardiz, del que le hablé antes. La chiquilla le escribía unos versos muy cursilitos...

(Se los recita tenuemente al oído.)

*Oh, Jaime, los pajarillos
que cantan en la espesura,
¿qué saben de mi tortura?
Oh, amado, las golondrinas*

*que cruzan el firmamento,
¿qué saben de mi tormento?*

JAIME.- **(Con desdén.)** ¡Oh...! **(Con arrobó.)** ¡Graciela!

DANIEL.- ¡Ajá! Véale cómo reacciona.

INSPECTOR.- Le ha evocado un amor muy remoto que es natural tenga superado. ¿No hay otro más próximo?

DANIEL.- Hayle. ¡Su profesora de inglés! **(Se ha acercado a JAIME.)** Conjugemos el verbo *to be*: («Tu bi») *I am*. («hay am») *You are*. («yu ar») *He is* («ji is»)...

JAIME.- ¡Graciela!

DANIEL.- ¿Eh? ¿Qué opina de esto?

INSPECTOR.- Si no me equivoco, uno sólo le queda por recordar.

DANIEL.- Si me permitiera cantarle una canción... evocárselo me resultaría sencillo.

INSPECTOR.- **(Bondadoso.)** ¿Por qué no?

DANIEL.- **(Le canta breves compases de una trivial canción cualquiera. Se ríe al concluirla.)** Puso los puntos a la que cantaba esto en Pasapoga. Era la animadora. ¿Qué le parece?

INSPECTOR.- Aunque haya quien se resista a darlo por cierto, una animadora es tan criatura del Señor como los demás mortales, Daniel.

JAIME.- ¡Ah, qué estúpidos recuerdos!... ¡Graciela!

INSPECTOR.- Una poesía, el verbo *to be*, una canción... ¡Y que esa sea la síntesis de la vida de un hombre!

DANIEL.- ¡Qué, hemos, de hacerle, Inspector!... **(Transición.)** En fin, Graciela vence, tres a cero.

INSPECTOR.- Así es. **(En este momento, LUCÍA, surge por el foro.)** ¡Lucía!

LUCÍA.- ¿No era esperada?

INSPECTOR.- No...

LUCÍA.- Naturalmente, no vengo sola.

DANIEL.- ¿Qué ha pasado?

LUCÍA.- El tren de Valladolid ha salido con don Pascual Sarabia a bordo, pero sin Graciela.

DANIEL.- ¡Caramba!

LUCÍA.- En el momento mismo de arrancar el convoy, Graciela se arrojó al andén.

DANIEL.- ¿Y Pascual?

LUCÍA.- No pudo seguirla porque el pasillo estaba lleno de gente. Consiguió tirar a la vía a uno de los viajeros que iba asomado a la ventanilla, pero cuando iba a tirarse él también, se lo impidieron.

DANIEL.- ¿Y Graciela?

LUCÍA.- Graciela fue una víctima de la inmoralidad de sus padres,

que atravesaban una situación económica muy difícil y vieron en ella una joya explotable. Pascual Sarabia, que hizo un dineral con el negocio del trigo y que estaba casado con una dama argentina, compró de una manera vergonzosa a esta chiquilla, que era una inocentona. Cuando Graciela conoció a Jaime se enamoró de él. El resto, ya lo saben ustedes.

INSPECTOR.- Así es.

LUCÍA.- A Daniel le gustaría para Jaime algo distinto... Una muchacha sin pasado, fundamentalmente.

DANIEL.- Pues claro, ¿por qué decirle que no?

LUCÍA.- Si lo comprendo muy bien, Daniel... Graciela tiene ese defecto. **(Se anticipa a la segura objeción de DANIEL.)** Sí, Daniel, de acuerdo que es grave... Pero, en cambio, adora a Jaime y esa adoración vale, un mundo. ¿Sabe usted cuál, es el deseo de Graciela? Ser, la esposa de Jaime.

DANIEL.- Vaya...

LUCÍA.- Ande, no desconfíe. Yo salgo fiadora de su bondad.

INSPECTOR.- Daniel: el hombre es infinitamente libre y, ajeno a nuestros consejos, orienta sus actos al Norte o al Sur conforme le apetece. He de confesar que yo no veo, desde ahora, en Graciela, peligro de pecado para Jaime sino acaso, por extrañamiento que a primera vista parezca, el comienzo de una vida más limpia para los dos, y pienso que el mutuo amor que les une, a despecho de sus viciados orígenes, atine a redimirles en el futuro. Haré míos, en consecuencia, los ruegos de Lucía: no combata la inclinación de su pupilo.

LUCÍA.- Gracias, Inspector.

INSPECTOR.- Esto aparte, bien sabe qué limitadas son nuestras facultades para influir la conducta de los hombres. Desencadenados vientos, terribles huracanes, sacuden sus corazones. Las alas de nuestra milicia, en cambio, mueven nada más que una casi imperceptible brisa. Por eso, en la tormenta, son tantos y tantos los naufragios. Ningún alma habría que no llegara a puerto si sólo empujara sus velas la brisa de los ángeles...

DANIEL.- Bien, bien, Inspector. Por lo que a mí se refiere, desde este mismo momento, punto en boca.

LUCÍA.- Gracias, Daniel.

DANIEL.- Y adelante, Jaime.

(En ese momento, JAIME se pone de pie. Su cara refleja sufrimiento. Intenta, dar unos pasos, pero se tambalea.)

LUCÍA.- Por cierto, este muchacho me parece que anda un poco malucho.

DANIEL.- **(En su vecindad.)** Sí. Temo que nos vamos a desvanecer. **(Justo, JAIME cae redondo como un muerto.)** ¿Qué les decía? ¡Jaime...!

LUCÍA.- ¿Se hizo daño?

DANIEL.- No. Caímos con suerte.

LUCÍA.- ¡Pobre muchacho!

DANIEL.- La cosa no tiene importancia. Se ha mareado, eso es todo.

INSPECTOR.- Cierto. La herida, de una parte; de la otra, el susto... Jaime se asustó.

LUCÍA.- Es natural. ¿Quién no en su caso?

DANIEL.- **(Concede, sin que le duelan prendas.)** Sí. Un poquito de miedo, sí que lo tuvo.

LUCÍA.- Lógico, Daniel, lógico... Porque a Jaime yo no le considero miedoso, ni mucho menos. Sólo que la situación era desagradable, ¿a qué negarlo?

INSPECTOR.- ¿Jaime hizo la guerra?

LUCÍA.- **(Dándole por supuesto.)** Sí, sí, sí...

DANIEL.- **(Que le mira, un poco sorprendido de su asentimiento.)** Sí la hizo, sí. Y cumplió como un bravo.

LUCÍA.- No, si es un muchacho magnífico.

(Suena el timbre de la puerta de calle.)

INSPECTOR.- ¡Caramba!

DANIEL.- ¿Graciela?

LUCÍA.- Sí... ¿Qué sucederá? Si nadie le responde, se va a, llevar un susto.

INSPECTOR.- ¿Usted cree?

LUCÍA.- Jaime, evidentemente, no le oye.

DANIEL.- Claro que no.

(El timbre de nuevo.)

LUCÍA.- ¿Qué hacemos? ¿Cómo podríamos conseguir que se recobrará?

DANIEL.- No se me ocurre...

(Tercer timbrado.)

LUCÍA.- Graciela, a lo mejor, se marcha.

DANIEL.- Es un fastidio.

LUCÍA.- **(Vencida.)** Bueno, mala suerte.

(EL INSPECTOR sonrío bondadosamente.)

DANIEL.- Mire lo que son las cosas. Ahora, me da pena.

LUCÍA.- **(Le estrecha la mano.)** Gracias, compañero.

INSPECTOR.- Un momento, Lucía. Hace dos horas, el Maligno abrió la puerta a Graciela con las peores intenciones. Voy a atreverme a abrirla yo ahora, con las mejores. Que de esta demasía me absuelva la Suprema Bondad.

LUCÍA.- Gracias, Inspector. **(El INSPECTOR apunta en dirección de la puerta del foro, con el ademán del milagro. Durante unos segundos esperan, confiados en su éxito, a ambos lados de la puerta, LUCÍA y DANIEL Pero el milagro no tiene lugar y GRACIELA no entra. Entonces DANIEL y LUCÍA se miran recelosos.)** No se ha abierto.

INSPECTOR.- **(Herido en su amor propio.)** ¿Cómo que no?

(DANIEL sale disparado a ver qué es lo que sucede.)

GRACIELA.- **(Dentro.)** ¿Jaime, Jaime, Jaime...!

(Se le oye golpear la puerta.)

DANIEL.- **(Regresa con la explicación.)** Es que se ha atrancado el pestillo, señor.

INSPECTOR.- ¡Ahhh! **(Y repite el ademán anterior, pero esta vez con ambas manos.)**

DANIEL.- **(Que no quita ojo de la puerta de la calle, desde la del foro. Tranquilizado.)** Ahora sí.

GRACIELA.- **(Llega sin aliento.)** Jaime, Jaime... **(Le busca por la habitación, sin dar con él. Mira a derecha e izquierda y no le encuentra.)**

LUCÍA.- Psss.

DANIEL.- ¡Ehhhh!

(Se le señalan, pero GRACIELA no le ve y hace mutis por la izquierda, inquietísima.)

INSPECTOR.- No es dueña de sí.

GRACIELA.- **(Reaparece en seguida. Y, por fin, ve a JAIME.)** Jaime mío, Jaime de mi alma! **(Se arrodilla junto a él.)**

DANIEL.- ¡Pobre!

LUCÍA.- ¿Ve usted como le quiere?

DANIEL.- Si yo no lo he negado nunca, Lucía.

GRACIELA.- **(Sin saber qué hacer.)** Jaime, Jaime... **(Con un aire de simples espectadores, LUCÍA, el INSPECTOR y DANIEL, por este orden, de izquierda a derecha, se sientan en el diván.)** ¿Vive? **(Le ausculta el corazón.)** Sí, sí... Vive... Se ha desmayado... ¿Qué haría?

LUCÍA.- Aflójale el cuello y la corbata... No lo tomaréis a mal, ¿verdad, Inspector?

INSPECTOR.- ¿Quién piensa en eso, criatura?

(GRACIELA obedece a LUCÍA y le afloja, en efecto, la corbata y el cuello a JAIME.)

GRACIELA.- Jaime...

INSPECTOR.- Se desvaneció a modo.

LUCÍA.- Tráete un pañuelo mojado en agua y humedécele la cara.

(GRACIELA, sensible a esa insinuación, hace mutis, vertiginosamente, por la izquierda.)

INSPECTOR.- ¿Padece del corazón este muchacho?

DANIEL.- No, no... Es fuerte como un roble.

INSPECTOR.- ¿Qué calculan que tardará en volver en sí?

DANIEL.- Cuestión de minutos.

GRACIELA.- **(Con el pañuelo que le aconsejara LUCÍA.)** Vamos, Jaime mío... **(Y se lo aplica a las mejillas.)**

DANIEL.- Las sienas, preferentemente, las sienas. (GRACIELA le obedece. De paso, le da unas palmaditas en la cara.) Bravo... Esas palmaditas en la cara son un acierto...

GRACIELA.- ¡Ay!... No se recobra... ¡Qué espanto!... Si esto no es nada, yo te prometo...

DANIEL.- ¿A quién se dirige?

LUCÍA.- A su patrona.

INSPECTOR.- Una vida admirable...

GRACIELA.- ... no ir al cine...

LUCÍA.- (A DANIEL.) Bien puede agradecérselo: el cine la enloquece.

GRACIELA.- No fumar ni usar rouge, ni bailar en un año. (Se rectifica a sí misma.) ¡No, en uno no! ¡En dos, en tres, en toda la vida!

DANIEL.- ¿Qué más, qué más?

GRACIELA.- No coger nada que no sea mío... (Sigue in mente, sus votos.)

LUCÍA.- (A DANIEL.) Luego dirá...

INSPECTOR.- Déjenme que les confiese una cosa: esta es la manera menos académica de rezar, pero es la que más me conmueve. El beneficio que proporciona a la celestial contabilidad es nulo: ¿qué nos importa si fuma o no fuma? Nada. Pero esa efusión del alma, ese derrame de generosidad, esa disposición al sacrificio, grande o pequeño, de su espíritu, ¿no despide, amigos, un dulcísimo aroma?

LUCÍA.- Es cierto. Yo lo percibo.

DANIEL.- Habrá que tomar nota, Inspector, de sus promesas.

INSPECTOR.- ¡Oh, no! Liberémoslas de burocracia y de registros. Yo sé que acaso no las cumpla o que, si se decide a hacerlo, las interpretará laxamente y nos sisará en los plazos... Pero este momento, amigos, este momento...

GRACIELA.- (Intenta levantar a JAIME.) No puedo..., qué espanto..., no puedo... Señor, Señor, dadme fuerzas...

INSPECTOR.- (Le hace una indicación a DANIEL, al tiempo que se levanta, seguido de LUCÍA.) Ayúdela, Daniel.

(DANIEL le ayuda, en efecto y, al cabo de algunos esfuerzos infructuosos, pide socorro al INSPECTOR y a LUCÍA.)

INSPECTOR.- Vamos a echarle una mano...

(Entre los cuatro le levantan del suelo, y le colocan en el diván.

GRACIELA descansa, fatigada del esfuerzo hecho.)

GRACIELA.- Ay, no sé cómo he podido... (Transición.) Jaime, vuelve en tí, Jaime...

INSPECTOR.- Voy a inspirarle la mejor de las fórmulas, la que si la aplica no podrá fallarle...

LUCÍA.- Hágalo, por favor.

INSPECTOR.- (Sibilinamente. Al oído de GRACIELA.) Dele a beber coñac Viriato...

(GRACIELA mira a la cómoda de la derecha. Sobre ella quedó la botella de coñac. Echa un poco en la copa y se la administra. El efecto es instantáneo. JAIME recupera sus cinco sentidos. El INSPECTOR, DANIEL, y LUCÍA ríen, alegremente, de su resurrección.)

DANIEL.- Tenía razón.

INSPECTOR.- ¿No se lo anuncié? Esa bebida debe de ser una traca.

GRACIELA.- Jaime, ¿te encuentras mejor?

JAIME.- Sí.

GRACIELA.- ¿Me perdonas?

JAIME.- **(Magnánimo.)** ¿De qué Graciela?

LUCÍA.- **(A DANIEL.)** Espléndida respuesta: le felicito.

(MATEA, exhausta, a punto de caer al suelo, se presenta en la puerta del foro.)

MATEA.- Inspector...

(El INSPECTOR, DANIEL, y LUCÍA se dirigen hacia ella.)

INSPECTOR.- **(Sigue el jolgorio.)** ¡Ah, la tía Clara, segunda época!... Vamos a divertirnos otra vez...

MATEA.- No puedo más, Inspector. Yo le suplico...

INSPECTOR.- Esté tranquila. Su relevo es cosa mía.

(Una atmósfera cordial y bienhumorada ha brotado, súbitamente, en la escena. De su disfrute nos aparta el...)

TELÓN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

